LA MUERTE DE XU LIZHI Y OTRAS TRIBULACIONES

CUENTOS

Iliana Hernández

La muerte de Xu Lizhi y otras tribulaciones

Cuentos

Iliana Hernández Partida

LA MUERTE DE XU LIZHI Y OTRAS TRIBULACIONES
Primera edición: 2021

© 2021 Agencia Promotora de Publicaciones, S. A. de C. V.
© Iliana Hernández
De los textos de la obra

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Jaime Bonilla Valdez
Gobernador del Estado

Pedro Ochoa Palacio
Secretario de Cultura y Director General del ICBC

Magdalena Jiménez Molina
Coordinadora General de Educación Artística y Fomento a la Lectura

Karla Beatriz Robles Cortez
Directora Editorial y de Fomento a la Lectura

Textos: Iliana Hernández
Cuidado de la edición: Guadalupe Rivemar Valle
Diseño editorial: Tomás Perrín Rivemar
Portada: *Muerte de Xu Lizhi,* Marijose Padilla Hernández

ISBN: 978-607-546-385-8

El Fondo Editorial La Rumorosa es un proyecto del gobierno de Baja California, coordinado por la Secretaría de Cultura de Baja California, para difundir la obra de escritores mexicanos y promover la lectura entre la población del estado.

Este material es de distribución gratuita, prohibida su venta.
Prohibida la reproducción, registro o transmisión total o parcial de esta publicación sin permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Impreso y editado en México / *Printed and edited in Mexico*

A Mariana, Marijose y Barrett
por verme con ojos luminosos.

A Don Mariano, María de Jesús, Vicky, Mariano, Lupita y Araceli
por su vida en mi vida.

Tribulaciones del cuerpo

Casa quemada

Ven, acércate despacio. Abre tus oídos y que nadie sepa que estás aquí desmoronándote con pasos forzados, no hagas ruido, me duele el crujir de las hojas secas bajo tus zapatos.

Entra a esta casa quemada, mira el área del comedor, hay pedazos de pan endurecido en los rincones, aquí hubo fiestas, aquí se partió el pastel de la desconfianza. Muchas veces bebimos hasta tener los ojos llenos de estrellas, luces que nos hacían dar tumbos alrededor de empecinadas conversaciones, insistíamos en regresar a las mismas dolorosas discusiones. Entre uvas, queso añejo y aceite de olivo; vi miradas que soltaban aves de odio, vi barcos de ira y manos que se entrelazaban traicioneras bajo la mesa.

Mira lo que fue nuestra habitación, camina con tiento, hay montones de cenizas que franquean la entrada, no te tropieces con los barrotes ennegrecidos por el fuego, aquí hubo una cama de la que sólo queda un recuadro fantasmal en el piso. Allá, rectángulos y pirámides de vidrio que ya no reflejan a los amantes que desnudos se ponían a fumar frente a la ventana.

Todo se lo ha tragado el fuego; las piernas entrecruzadas, los labios que sabían contenerse por tres segundos antes de besar, las largas enredaderas que parecían bra-

zos y lenguas, las postales que siempre mostraban gotas de sudor sobre los rostros, los dedos que se unían en todas las formas para obligar al placer, para sujetar y no dejar ir hasta el advenimiento del sol sobre las cortinas.

Allá estaba la cocina, imagina las ollas humeantes como nuestros pensamientos que no sabían reposar, los cuchillos cortando el enrarecido aire que se respiró en este espacio, el cansancio por enjugar lágrimas de cebolla. Aquí lloré entre montones de frutas que sin remedio iban marchitándose, me acompañaron los tragos más amargos de café y una angustia penetrante, como esencia de vainilla que todavía se respira.

Acá el baño, allí la regadera a la que le faltaban unos cuantos mosaicos, todavía puedo escuchar el caer del agua sobre los cuerpos, siempre hacía frío dentro de esas paredes. Sé que pensábamos que toda culpa ahí sería lavada, que era el lugar para comenzar de nuevo; era una ilusión, no podría limpiarse la culpa ni el pecado, jamás regresaríamos a habitarnos, la noche nos había borrado ya.

Esta es nuestra casa quemada, su incendio comenzó hace mucho, poco a poco se fue extendiendo un fuego que se comió la manera en que nos mirábamos, avivó nuestras agrias palabras, las brasas alimentadas por la ausencia, el no saber aceptar toda esta carga de debilidades que somos. Las vigas del techo han caído sobre este recuerdo de nosotros que cada vez es más lejano, por eso te traje a estas ruinas, para que fueras testigo de los fantasmas que ahora somos en esta casa.

Escuchar a la madre

Te sujetaste con fuerza la mandíbula, aunque por tus dedos corrían ríos de sangre y baba. Llorosa la mirada al verte el rostro en el espejo, horror, cada uno de tus dientes se despegaba suave y dolorosamente, como si tuvieras cinco años, pero hacía un mes cumpliste treinta. La boda. Todo se postergaría.

Había sido una mañana inusual, sobre todo cuando un enjuague bucal promete blanquear y la fatalidad se interpone, poniéndote en las manos un líquido corrosivo que "debiste haber guardado en su lugar, idiota" como decía tu obsesiva madre.

Un niño solo

La gata raspó, con los picos diminutos de su lengua, la mugre de la frente de Artemio. Luego le ronroneó cerca de la oreja. Artemio se recargó trabajosamente contra la pared del baño y echó su pesada mano sobre la cabeza gatuna, se sabía solo ahora.

Recordó su caminata por el cementerio la noche anterior y sacó del bolsillo un puñado de hierbas que había arrancado de una tumba. Se puso a oler el amasijo y volvió a quedarse dormido. La gata lo contempló por algunos minutos y salió por un pequeño tubo bajo la puerta, encontraría basura maloliente y fresca en la acera de enfrente.

No habían pasado ni diez minutos cuando Artemio comenzó a llorar a gritos, llamaba a su madre, no podía ver sus pies ni sus manos, sólo las mangas de un saco enorme y las piernas de un pantalón mugroso. Su pequeño cuerpo metido en ropa de adulto, otra vez un niño solo.

Dignidad atropellada

Simplemente le dijo que se había equivocado con él, que aún quedaban hombres respetables a los que les parecía desagradable que una mujer los abordara de manera procaz.

Ella trató de contener la risa –si cómo no– impregnada de ironía y sorna, mientras él, cuidadoso recorrió con la mirada los pasillos de la librería, con especial temor de que alguien hubiera escuchado la desvergonzada invitación.

El color de la tarde iba confiriendo a la mujer una mata rojiza de cabellos que la hacían más demoniaca, más apasionada y loca, –pensó el hombre–. Habrían transcurrido muchos años desde que alguien se le insinuara con humedecimiento de labios y guiño de ojo.

A él, de costumbres sanas y lecturas interminables; sólo se le ocurrió pensar que los manicomios debían estar saturados y estaban despidiendo lentamente a una por una de las pacientes, esta tarde le había tocado a él la desventura de toparse a una desquiciada de frente, que lo miraba como si no llevara camisa y pantalón alguno, ¿qué era?, recordaba haberse bañado correctamente y aplicado loción de lavanda, hasta se había encomendado a su ángel de la guarda para que ahora le cerrara el paso esta visión de hechicería.

Quizá había olvidado usar el desodorante y el empecinamiento de esta mujer en cercarle el paso, tenía que ver con una exaltación de feromonas. Un recuerdo le enchinó la piel: la noche anterior arrojó dos cabezas de ajo y cebolla al caldo de carne que se había preparado, ¡quién diría que unos despreciables vegetales serían la causa de este atropello a su dignidad!, reflexionó el hombre.

Trastabilló y se enojó con sus zapatos cafés, por no sacarlo de la librería el instante en que sintió que la mujer del pelo de fuego, le tocaba confianzudamente el lóbulo izquierdo de su ya de por sí sensible oreja. ¡Quién se creía esta destrampada!

Pero su dignidad ya estaba más que cercenada, sintió que unas largas uñas le recorrían la nuca aprisionándolo entre libros, una lluvia de hojas o dedos le acariciaban el rostro y la entrepierna, el hombre se sintió invadido, desvalido y con ganas de llorar a mares; no pudo porque ya la mujer le cortaba la respiración con una boca ancha y roja que lo deshacía.

Sintió que salía de sí mismo, como cuando buceaba de niño en la playa de su pueblo y sólo una bocanada de aire le faltaba para morir, el beso atragantado terminó en un tiempo que al hombre se le hizo eterno. Después, la mujer lo miró largamente alzando la barbilla en actitud retadora, con las mejillas manchadas de lápiz labial.

El hombre no pudo sino sonreír y levantar la vista del candente libro que estaba leyendo en esa olvidada librería, asombrándose de los tentadores caminos de la imaginación y el poder de la palabra escrita.

Suave animal

Paciente con otros cuerpos, con otras mentes que ocupan las horas, que atajan los días. Restregaré a la mente que no juzgue al pobre vasallo que es mi cuerpo, que no lo lleve a sentar por horas ordenándole trabajo sin descanso y al final del día premiarlo con una taza de café que le atormente el estómago.

Procuraré que el animal que es mi cuerpo sea más acariciado, lo dejaré reposar unos minutos más de lo acostumbrado y no le atosigaré con vestiduras calcinantes, ni lo expondré desnudo a las mofas de mi cerebro.

Te he guardado en un rincón de lo obsceno, cuerpo, donde se guarda la vergüenza del pariente tartamudo o del primo asesino; no habrá un palco donde colocarte, pero de cuando en cuando me detendré a maravillarme con el intrincado mazo de venas que te circundan.

Dejaré correr tu deseo sin cortarlo, cuerpo, no habré de inmiscuirme en tus secretos ni cómo eliges aliviarte el instinto, eres libre de expandirte y buscar a tientas la piel que mejor se acomode a tus protuberancias y abismos.

Haré un inventario de tus cicatrices, y te contaré en detalle porqué te lastimaron, porque fuiste sujeto a una cama de hospital y te cercenaron sin una caricia previa, in-

tuyo que estuviste aterrado al sentir tu tibia sangre despedirse, estás salvo cuerpo, pero nadie te explicó de dónde provenía el dolor ni cómo lo has pagado.

El suave animal de mi cuerpo me sigue a todas partes, se adapta a cada capricho que la mente obsequia, toma sus pastillas, acude cómo le es ordenado a su cita con el sanitario, ingiere las insulsas verduras cuando preferiría hartarse de pasteles y crema batida, cuerpo no respinga y espera derrumbado por horas cuando los tormentos o la tristeza de su amo lo someten.

Sanas las heridas al aire y recibes de cuando en cuando agua fresca. Apacible; poco dices acerca de las ropas que te asfixian, que te marcan al final del día, sudas enfadado y en tu inmemorial recuerdo añoras esa desnudez en la que el sol y el viento hacían tu carne más resistente y fácil a ser tomada.

Mi cuerpo se cierra sobre sí, avanza atemorizado entre la oscuridad, la mente envía mensajes de cordura y apaciguamiento pero cuerpo se estremece y en su vellosidad alzada se refleja el pavor a lo que no reconoce, cuerpo huele el peligro y sabe reconocer los ojos del enemigo, es inútil que trate de advertirle al amo cerebro, porque en su civilizado embotamiento la razón se ha perdido entre la franja del bien y el mal.

Esperas cuerpo, un momento en el que ya no haya que servir las órdenes del cerebro, en el que el trabajo deje de castigarte y tus órganos se rebelen y actúen sin el concierto coordinado que te permite ser, esperas cuerpo; por el último respiro y anhelas sentir tu nariz contra la tierra, olerla profundamente y habitar en la madre como cuando fuiste protegido en la blandura, descansar y acomodarte junto a la raíz del árbol y perder tu consistencia mientras los restos de una mente superflua tratan inútilmente de levantarte.

De ceguera y suerte

Era un cuervo o eran cientos los que me habían cerrado el paso en la mañana, una nube negra constante sobre mi cuerpo, sus graznidos se confundían con el batir de mi corazón aterrado. Alguien me había llevado hasta mi cama y me hablaba con voz dulce para entretenerme, para hacerme olvidar el dolor. Me dijo que afuera de mi apartamento un ciego pedía limosna, que tenía las manos resecas y sus labios entonaban una canción que era más para su complacencia que para atraer a los transeúntes.

Me reveló que ese hombre perdió la vista tras el paso de los cuervos. Luego se fue y yo quise despertar de este cruel sueño, abrí mis ojos lo más que pude sin que entrara un ápice de luz. Abandonado, busqué a tientas cómo salir; el ruido del tráfico me vociferó y algunos me patearon por reptar frente a ellos.

Debo decir que tuve suerte: arrastrándome llegué hasta una esquina vacía de menesterosos. Ahí comenzó mi profesión de mendigar amor.

Escondite

Recostados en una cama blanda, mirándonos de frente y sosteniendo con nuestras manos una sábana blanca, como juego de niños en una tienda de campaña.

Tu cara de cerca hacía parecer que tus ojos tuvieran tanto que platicar con los míos.

No sé cómo habíamos llegado hasta esa habitación, ni en qué momento pudieran descubrirnos los invitados que conversaban en la sala, a lo lejos; repiquetear de copas, algarabía de fiesta hacía que este escondite de sábanas fuera más inverosímil.

Nosotros en la penumbra, escoltados por una lámpara que nos definía las facciones nos sonreíamos sin decir palabra, con un cansancio de habitar el mundo fuera de esa habitación, caminantes de vías solitarias que sin querer se van acercando…

Tus labios llenos, calientes cayeron sobre los míos, en un espacio sin tiempo, entre el sofocar de la sábana vencida sobre nuestros cuerpos.

Fascinación

La recamarista tocó mi puerta y me entregó un papel doblado en cuatro, me abrió el puño y puso en mi mano "una carta del huésped de la habitación 530" (me quedé pensando cómo es que había un 530 cuando el hotel parecía tan pequeño a simple vista).

Cerré la puerta, volví al silencio y a la penumbra, a pesar del mediodía y el calor infernal de un verano equivocado. Era un día aposentado sobre un caldero, trastornándolo todo, como el recibir una carta en un hotel perdido en una meseta desértica, azulada. Un rincón reseco donde no conocía a nadie.

El papel un poco blando por la humedad de mi mano apretada y la penosa economía de la escritura decía:

"Mi pierna pica, me da comezón y ha empezado a entristecerse. Mi pierna falta de encanto, abrigada de más con vendas, es como una monja puritana que se echa el velo sobre el rostro demacrado, pesar de mi pie izquierdo que se queja de clavos, la barra de metal que le parte la lengua con que he de gritar por "¡más pastillas para el dolor!" y mientras la mente sigue tramando, queriendo derrumbarse al sueño para que pase la semana gruñendo por la hora en que a mi pierna, por fin, se le inaugure el caminar sobre

fango o arena, (si es que alguien me preguntara en dónde le gustaría a mi pie dar su primer paso).

Uno no planea nunca quedarse en cama por días y días que se funden en uno solo, se busca entretener a la mente, al dolor de nalgas y espalda. Uno puede escribir siempre de todo lo que recuerda y mentirse a sí mismo con el color que nunca tuvieron los hechos, puede ser un infierno estar tirado en cama o se le puede ver como una segunda oportunidad, para de una buena maldita vez, abrir los ojos a la vida que ya se está yendo.

Mi pierna que debiera llevarme a tantos lugares en compañía de su par, se niega. Está ahí toda dolorida, inútil para el trabajo, apenas me levanto a orinar y se hincha retacada de una sangre oscura que me la hace más pesada y punzante. Un saco de piedras que me hace arrastrar con angustia a la cama, a no querer despertar hasta que esté sana. Pero la infección no cedió. La cortaron para evitar el desvarío, para torcerme el destino".

Doblé el papel, todavía confundida por esas letras inesperadas, luego fumé un cigarro afuera de mi habitación, estaba en el cuarto piso y mi vista se estrellaba contra una piscina, luego vi el cráneo brilloso de un hombre sentado a la orilla, su cuerpo delgado se escurría después de haber nadado y ahora se freía bajo un sol embravecido, su cuerpo era una reluciente tira de piel seca con sólo una pierna que a mí se me antojaba jugosa, la estiraba al untarse bloqueador. Las venas de su única extremidad resaltaban azuladas, trazando una infinidad de serpientes que iban directo a mi boca, a la saliva que se comenzó a acumular entre mis dientes. Claramente vi que los dedos de su único pie eran unos champiñones de una carnosidad animada, palpitante.

Lo que debía ser la otra pierna era un muñón. Era un tronco chato (muy suave, pensé) que el hombre comenzó a acariciar con fuerza, la cubría con un aceite oscuro

que goteaba hasta su entrepierna, lo vi sobarse las anchas costuras de la corta extremidad con una fricción dedicada. Me estremecí agobiada por el calor de la tarde. Un graznido en la copa de una palma me hizo voltear el rostro, la recamarista me estaba observando muy de cerca, "ese es el huésped que le mandó el papel" me dijo, luego se fue agitando al aire su trapeador como bandera de un país extraño al que yo había arribado a través del sol que me hervía la frente y el pecho.

Allá abajo, el hombre alcanzó sus muletas y se incorporó como una estatua de brillos, la piel morena a fuerza de quién sabe cuántos veranos tostándose. Se perdió bajo el techo del último piso. Agitada, regresé a mi habitación y pedí a la recepcionista me comunicara a la habitación 530.

Acordé verlo a las nueve en punto y como pude me metí a la regadera. Sentí las venas de mi cuello hincharse, mis ojos empequeñecidos por la tibieza del agua y el jabón, mis cabellos sobre los pechos como una red atrapando peces a punto de entregarse a la superficie a morir. Todo lo revela el agua sobre la piel: la hermosura de la carne enrojecida, los pétalos que son manos o hendiduras curiosas.

Después de secarme echada sobre mi cama de hotel, perfumé ese cuerpo mío tan lejano de otros ojos que no fueran los míos. Con un cansancio muy parecido a la embriaguez me dispuse a dejar mi habitación y perderme como fuera posible en la otra. El teléfono sonó y el recepcionista me pasó la llamada del huésped de la habitación 530.

La voz del hombre dijo que usara mis muletas para llegar a su habitación, el pasillo era muy angosto para mi silla de ruedas. Obedecí. Ya tenía mi mente y la mitad de las ansias del día puestas en ese muñón que habría de cruzarse con el mío.

Tal vez dos piernas serían suficientes para completarse en uno, hacía calor ese día.

Vesper observa

Me quedo observándolo en silencio, sin moverme. Miro las luces que van de una lámpara de piso al vaso que sostengo en mi mano derecha; a su mirada, al ojo exacto que se mueve detectando las sombras; es obvio que la luz del día le repulsa.

Lo he llamado Vesper para alejarme el terror, para justificar su indescriptible presencia, borrar que me he sepultado en estas paredes y hacer creer a mis compañeros de trabajo que solo descanso por algunos días (pero soy presa por deseo propio, una fascinación que se alarga cuando él detiene el tiempo).

A simple vista luciría como un hombre desvalido, enfermo tal vez, por el tono verdoso de su piel reseca, pero en esas horas frías de la madrugada en que finjo dormir, se que Vesper se alista para un salto fuera de esta habitación.

La espera que se ha impuesto le ha magullado la carne por acomodarse en mi closet atiborrado, el cuello entre sus tobillos, los brazos tras su espalda compactando su ansia y destiempo.

De noche se arrastra siguiendo la huella de la oscuridad hasta el baño y encuentra un refugio agradable en mi regadera; imagino que sus ojos tatuados con lunas acechan

cucarachas en extravío. Escucho aterrorizada cuando traga, le falta aire –pienso– ¿sabrá lo que engulle?

Intenté dejar sobras de espagueti, arroz, pan, en diferentes lugares de mi habitación pero él, invariable se desliza a la regadera; se atraganta y regurgita una masa fosforescente que cada mañana al bañarme veo deshacerse a cuajos entre los dedos de mis pies.

Esta noche la luz incandescente que brota de lo que parecen sus ojos me advierte que algo sucederá.

Su piel deja la tonalidad verdosa; brilla. Repentinamente objetos que mi indiferencia han dejado poblar el piso de mi apartamento comienzan a vibrar, él los eleva a voluntad en el aire y comienzan a girar sobre su cabeza tazas, libros, zapatos, cucharas, almohadas.

Veo el cielo momificado, nubes agazapadas. Es el mismo instante congelado. Nueve con treinta y cinco minutos, participo inmóvil de sus caprichos, de su lengua que todo lo prueba.

De pronto alza un brazo (o un apéndice, o una manaza que de noche me sofoca) y un canario paralizado entra absorto por mi ventana, lo imagino transportado desde algún bosque remoto y en este segundo palpita nervioso frente a él.

De esta manera (arrancando vidas de todo el mundo) ha conocido todos los objetos, animales, personas de los lugares más inverosímiles; en un tiempo en que ya no sé qué demonios, qué monstruoso es el tiempo, porque los rituales de contemplación de Vesper son prolongados y terminan cuando el esfuerzo que hago porque mis ojos temerosos sigan abiertos por la embriaguez, la curiosidad o cuando el profundo dolor me agota…

Son todavía las nueve con treinta y cinco minutos, él no termina de acercarse.

Hiena o el sueño que no detengo

En algún momento entraremos a la cafetería y después que me escuches tus ojos buscarán respuestas que nadie tiene.

Nos miramos en silencio y sorbemos un poco de este café que ya me quemó la punta de la lengua, aun así hablaré. Me digo que tengo que sacar lo que traigo y contaminar a otro de esta enfermedad onírica. Al fin y al cabo para eso son los amigos, para arruinarles a veces la existencia con nuestros problemas, para hacerlos cargar nuestros pecados.

Te cuento que desde niño he tenido mucha vida cuando duermo, hablo en serio. Dormir para mí es salir de este cuerpo frágil que se corta con cualquier filo. Vivir intensamente ha sido solamente cuando sueño.

La otra vida aquí sobre la tierra me frustra, me amputa, me emputa, no me veo sino moviéndome en manada a todos lados: en la cola para entrar al cine, esperando al taxi, afuera del consultorio médico, en la fila para cruzar a Estados Unidos, filas y filas; hace poco enterramos a mi padre y al llegar al panteón veía hileras organizadas de tumbas esperando su posible turno a la eternidad.

Sueño siempre. Antes me gustaba soñar.

No me mires así, tengo los ojos enrojecidos porque no he dormido durante muchas horas, a lo mejor en va-

rios días. He perdido la cuenta y el sabor de la suave siesta me es desconocida, he perdido ese flotar que le llega a uno cuando está a punto de dejarse caer dulcemente en el pozo. No quiero volver a dormir.

Comenzó con el cansancio. Mi trabajo en la eterna oficina de los pasillos largos y descascarados era insufrible pero necesitaba el dinero, tenía para comer y pagar la renta, escaparme a recorrer el centro y tomar fotos, simular que compraría un libro, siempre cuestan lo que no tengo, la seguridad de un pequeño sueldo me dejaba respirar a veces, pero me prometí que algo cambiaría, deseé que me partiera un rayo solamente para tener un poco de emoción en mi vida.

Fue una noche cualquiera.

Recuerdo que abrí los ojos y enseguida me di cuenta que estaba dentro de un sueño, mi mente había arreglado el mejor de los escenarios en un lugar atestado de personas que iban y venían, comerciantes de una época lejana, en El Cairo, esas estampas que se ven en el cine de corte histórico, gente con túnicas, ajetreo de vendedores de frutas y animales: ahí estaba yo maravillado y con la conciencia abierta en el sueño.

No puedo explicar lo que me sucedió, ni porqué actué como lo hice; mi primer impulso fue destruir todo lo que me rodeaba ante los gritos de las mujeres, rompí vasijas, desaté los nudos que ataban a los corderos, vacié a mis pies tinajas con vino, reí a carcajadas sin importarme que la gente me mirara escandalizada, tiré de mis cabellos y de los que estaban cerca de mí para cerciorarme que en mi sueño era totalmente libre.

Y lo era.

Jugar con la irrealidad, brincar desde edificios sabiendo que la muerte no vendría por mí, fue como tener un boleto siempre disponible para salir de la monotonía de un mundo

predispuesto, organizado para cumplir expectativas de los demás. Me arrojé sin miedo a profundas cascadas, acaricié los dientes afilados de los tiburones, incluso les dejé que acariciaran mi cuello con su dentadura, me provocó placer hundirme en ríos furiosos, alcanzar cimas fue un entretenimiento liberador, rendirme ante las manos codiciosas de otros me llenó el estómago de relámpagos. Estaba iluminado.

Así planeé cada noche, imaginando de antemano lo que me gustaría hacer, añadiendo detalles a los escenarios, inevitablemente todas mis construcciones tenían cantidades sobradas de carne, de sexo. Mis alas se habían abierto y no iba a dejar de volar bajo el pantano hasta hastiarme, enlodarme el cuerpo sin sufrir las consecuencias.

Mis manos no se cansaban de estrujar, mis brazos retenían a hombres y mujeres que dóciles eran sometidos a meterse entre mis piernas. El tiempo es viscoso cuando lates, cuando la saliva se comparte y quieres más, bebes de las bocas y chupas, arremetes tocando y presionando. Causas dolor, palpas límites hasta que sea imposible no llorar de placer, sangrar.

Durante el día miraba constantemente el celular para corroborar que faltaban menos horas para llegar a casa y tirarme en la cama a dormir, comía poco, lo necesario para aguantar muchas horas en la cama y que el hambre no me traicionara.

Cuando sueño mi sombra es fugaz y rápida, no quiero ser observado, quiero encontrar bocas y tocar a otros con los que se han de encontrar mis manos, quiero sus cuerpos porque sé que se rendirán, no opondrán resistencia porque ya los tengo entre mis brazos y labios, me abro para ellos. Los rasgo.

No sé qué me empuja, después del orgasmo viene esa actitud cínica: aquí no ha pasado nada. Regreso a la vida simple de todas las mañanas, pero de noche me hundo

insatisfecho, hiena hambrienta de carne triturada entre los dientes. Nunca es suficiente una noche, entro en mis sueños para convertirme en la pesadilla de alguien más.

Mi lengua se entrecruza con otra que responde al mismo ritmo, amo demasiado por algunos segundos presintiendo que la muerte y fundirse con otro es lo mismo, me ato entre piernas, acaricio y penetro con todas mis armas, pero nunca hago contacto visual; sería la última entrega que me cerraría la puerta a regresar del sueño, perdería la llave a ese otro mundo en el que soy alguien más vivo. Escapo de este mundo sobrio que repulsa a los que necesitan salirse de su piel para no arrancársela.

Así pasaron muchos meses, en los que la miel y los espasmos en mi estómago aumentaron su intensidad según me fuera creando de noche esas largas aventuras en las que yo disponía de los otros y mi placer, sí, mi placer era el centro de ese universo onírico. Esa faceta que te aseguro muchos experimentan y que nunca confiesan, pero yo lo hago porque no lo soporto ya.

Continúo, no me interrumpas, no preguntes por qué te cuento esto.

No me di cuenta en qué momento mis escenarios se volvieron más grises, luego más oscuros. El deseo era lo que me empujaba a buscar presas en mis sueños, tenía todo entre mis manos, el poder de tomar a quien yo quisiera, como una mancha de ira revuelta sobre sí misma.

Todo pudo haber continuado de la misma manera, por fin estaba completo, satisfecho quiero decir.

Nuevos cuerpos donde saciarme cada noche. Ya no me importó el lugar, los tomaba en público, en cines, en los parques y entre las avenidas atestadas, en los restaurantes, sobre los sillones de las estilistas, en los estadios de fútbol, en las panaderías y las oficinas de gobierno. Era darme placer en cualquier momento.

El tránsito a desear más fue inevitable, llevarme algo de cada amante se me volvió en el sueño una necesidad. Los besos eran poco.

Comencé a llevar navajas, pistolas, sogas y esta locura, la ceguera.

No te vayas. Déjame terminar. No me veas de esa manera, no tengo en quien depositar esta pesadilla, se ha vuelto real.

No sé qué pasó, qué reglas rotas me sepultaron en avalancha, después de la tercera muerte me enteré de que los cuerpos se materializaban y aparecían tirados en los baldíos de la colonia, en callejones malolientes, en estacionamientos.

Los reconocía de inmediato, habían sido míos, ahora aparecían sin vida por la ciudad.

No sé si me creas, estás confundido, por eso te has ido con un gesto de repulsión al escucharme. Entiendo. Luzco cansado por tantas horas sin dormir. Hace días que me entretengo hablándome a todas horas sin permitirme el sueño pero ya no soporto.

Ofrezco esta noche el sueño final a otra que he gozado ser.

Conozco de antemano las consecuencias, ya los oigo venir por mí. Sus piernas y labios aún destilan mi avidez, toda la pasión que les he entregado contra su voluntad. Soy culpable de haber deseado tanto.

La fiebre y la danza

Una gota de sudor caliente resbala por mi frente, una y cientos de ellas se suceden para anidarse en el cuello de mi camisa. Es fiebre. La luz sobre mis ojos como alas histéricas de un pájaro que aletea desde mi cerebro, tengo la boca seca y mi brazo no es lo suficientemente largo para alcanzar la cocina y llevarme a los labios un poco de humedad. Afuera de mi habitación la música de banda azota el pavimento, mi ventana se cimbra, parece como si los músicos con acordeón y trompetas estuvieran dentro de mi cuarto, se pasean al lado de mi cama para combatir con su desparpajo las moscas que siguen el ritmo de un vals, veo su ir y venir de la cocina a mi habitación.

No me siento tan solo entre tanto estruendo pero el pecho me duele como si alguien apagara cigarros en él, como si estuviera en una competencia de comida y ya me fuera imposible seguir tragando, y ni una soda ni agua de horchata para bajarme la sed y el dolor…

Mi mano tiembla, los dedos son de humo frente a mis ojos, títeres perniciosos que se bambolean salpicados de un sudor que ya me baña, que pareciera anegar el cuarto. La voz no me alcanza para gritarle a alguien (qué gacho es

estar tirado enfermo, como náufrago en isla, como apestado de lepra, como demente en manicomio, solo, solo).

Se me cierran los párpados, tengo miedo al sueño.

Pero de repente ya no estoy tan abandonado en esta alberca que es mi cama: cinco mujeres desnudas, tomadas de la mano danzan en un círculo inquebrantable en el poco espacio que queda en este cuarto. Me calma ver el balanceo de sus pechos al aire, los vientres rellenos, los muslos llevando a las suaves caderas por las ondas de una música que no escucho, pero que imagino nacida de flautas primitivas, tambores que con ritmos secos que las hacen cerrar los ojos y seguir la danza bajo un cielo muy azul (ya no hay techo) y un pasto muy verde (el piso ha desaparecido).

Creo que ya es de noche. El dolor se me ha despegado, mi cuerpo ha terminado de secar el sudor de la ropa. Sólo las patrullas o ambulancias parecen existir en la calle con su inextinguible pulular.

Los cuerpos de las mujeres siguen unidos en círculo, ahí en mi pared en un póster de la danza de Matisse, las observo tomando un breve descanso en la oscuridad. Ya no hay música en esta habitación sólo mis piernas que con rítmico vaivén me acercan al refrigerador por una bendecida, helada y gratificante cerveza.

La lectora de cuerpos

Conocí a una mujer que sabía leer el cuerpo. Sabía detallar las veces en que fuiste forzado a mentir por lástima, veía en las comisuras colgadas de tus labios las arrugas que le decían cuántas veces fingiste sonreír cuando hubieras preferido correr a sepultarte en tu cama, con un llanto aplastado para que tus padres no se dieran cuenta que habías sido humillado en la escuela.

Esta mujer, relatadora de narices y que al medir orejas sabía encontrar en sus giros y redondeces mensajes que advertían de un accidente en avión, de la desventura de tener en un futuro próximo, la amputación de un miembro; hablaba con la voz de todos los muertos serenos. Era bellísima.

No con la belleza artificial que puedes encontrar en una actriz de series, tenía la hermosura que da el saber más profundo sobre todas las cosas, la razón de la semilla para propagarse, la tensión eléctrica sobre el universo y su endeble equilibrio. Tú incluido.

Era ella en sí, una escritura resuelta.

Dueña de las palabras vibrantes que están a punto de decirse en un ataque pasional pero que uno siempre olvida. Esa mujer tenía la mirada enternecida de la madre cuando ve el rostro del hijo recién nacido. Curiosa, tendría

todo el tacto para percibir en los párpados de un paciente, sus cien noches de desvelo por la preocupación económica, sabía ocultar su perturbación provocada por unos labios gruesos, pues sabía que el dueño era alguien con tendencia a involucrarse en incontables desenfrenos sexuales.

No juzgaba, aunque trataba de encontrar algo positivo en rostros de ojos pequeños y muy juntos, en narices protuberantes con punta aguileña, en torsos anchos con brazos muy largos. Sabía que a todos nos castiga un impulso animal y que nadamos a contracorriente toda la vida, contra el destino arrastramos un cuerpo que en la carrera va desgastándose perdiendo la agudeza de los sentidos, entregándolo todo: desde el hígado, los pulmones, riñones, ojos, corazón y la más escandalosa pérdida (a ella le parecía) el cerebro.

Desarrolló su sentido de leer los cuerpos porque creció en las calles, sus padres desaparecieron o quizá nunca existieron, así desvalida, se arrimó a casuchas bajo los puentes y fue alimentada por manos que no podían negarse a esa verdad que le brotaba de los grandes ojos negros, se horrorizaron cuando comenzó a dictar sentencias y predicciones a quienes la rodeaban; una por una se cumplieron para asombro de los mendigos.

Intuyó cómo abrirse un camino imposible en el océano de su pobreza doliente, tuvo siempre la palabra exacta para ganarse la confianza de la persona correcta que le abriría la siguiente puerta. No ambicionaba, sólo quería vivir sin el sobresalto de no tener un techo bajo el cual dormir, un cuerpo a quien abrazar.

La lectora de cuerpos disfrutaba su trabajo, auscultaba con detenimiento a sus pacientes. Los observaba lentamente sin tener de por medio un reloj que le dictara el fin de la consulta. Hoy podemos concluir que su gran error fue no mentir, porque quien desea saber sobre su pecado y en-

fermedad, espera la mentira; porque de entrada ya conoce la raíz del mal porque lo encarna en sí mismo.

Que un párpado estuviera más caído que el otro, significaba que la persona estaba tratando de evitar la soledad. Las manos pequeñas y gruesas; una ambición torcida, la irregular decoloración en el cuello delataba la envidia contenida, las ojeras resaltando los huesos bajo las cuencas oculares eran el claro signo de que la muerte exhalaba ya un tufo reconocible en el hombro de la persona.

Un primero de octubre, después de una noche intranquila, se levantó en la madrugada y en el baño se contempló largamente frente al espejo. Al leer su propio rostro desencajado notó que la mandíbula se le había afilado, los labios resecos y descoloridos le anunciaron que su hora había llegado.

No se alarmó ni trató de esconderse o echar llave a la puerta que un hombre furioso patearía horas después, para llegar con su olor a muerte hasta su delgado cuello. Era un condenado a la infelicidad, uno que fue diagnosticado por ella en días pasados. No le mintió. Le había dicho que sería hasta el fin de sus días alguien que no sería amado, el cuerpo se le iría secando en amargura por la soledad, por mirar las calles sabiendo que nadie entre la multitud sería para él.

El hombre no habría podido soportar la sentencia y esa mañana decidió torcer su suerte y la de la lectora por otro rumbo menos doloroso; más radical. La arrastraría a su lado, con furia, no la soltaría en su caída, hasta que llegaran junto al valle donde caen los secos de corazón, los que no contradicen al destino a pesar de que lo ven claramente. Ahí llegan quienes creen que el amor es un ave a la que se atrapa sin la mansedumbre de un cuerpo, de unas manos que estén dispuestas a acariciar portando una máscara, desafiando al animal que todos somos.

Llenarte la boca de amor

Los vecinos salieron de la casa espantados por el olor penetrante que venía desde la habitación principal, huyeron asustados, con las manos en los bolsillos. La habitación quedó cercada por paramédicos y policías, había un detective canoso que lo vigilaba todo, se le mecían los ojos sobre esa montaña curveada que era el enorme estómago del hombre en la cama, no había manera de adivinar, al observar la superficie de esa sábana, hasta dónde llegaban sus anchos muslos, geografía de lo mórbido, sus colgajos de piel desfallecidos sobre un colchón acunado que rozaba el piso.

Los brazos de recién nacido, regordetes, definitivos anillos de grasa recordaban la ternura provocada por esos bebés de plástico en las jugueterías.

Los ojillos le salían apenas de esa mole de cara, lucía enrojecido y respiraba trabajosamente, lanzaba un silbido en lugar de su voz que no podía pedir ayuda a gritos, como lo hubiera deseado. El detective fue abofeteado por la desesperación del hombre dentro del descomunal cuerpo, observó asqueado las cadenas que sujetaban los redondos tobillos: la piel macerada, costra sobre costra se contaba la historia de su hirviente dolor.

El detective buscó la mirada de la mujer que parecía más pequeña cuanto más abominable se revelaba su crimen, aún con todas las miradas encima, tuvo la fuerza para decir: “Es que lo amo insoportablemente, por eso lo cuido tanto”.

Tribulaciones de la conciencia

La cotidiana cosa

La cotidiana cosa de levantarse con un párpado tembloroso, directito a abrir el refrigerador para terminar desayunando un café. El cuerpo no quiere nada cuando uno bien podría dar cuenta de unos huevos fritos. Viéndolo bien es asqueroso el olor de esa fritura gelatinosa; el blanco y amarillo deslizándose sobre una plancha caliente aceitosa. Finjo hambre.

Luego el ritual de lavarse los dientes, notar que el despostille viene de hace muchas mordidas al polvo, viene de estar pateando la calle y de vez en cuando recibir en la cara el azote de puertas que ya no se abrirán, sé que las oportunidades se van haciendo líquidas con la pasta de dientes, se van por el lavamanos y no se puede meter ni una cuchara para regresarlas.

Los dientes frente al espejo, esbozando lo que en algunos años será un armazón de sonrisas a fuerzas, abrir la boca para venirse y dejarse ir en los brazos de alguien que siempre huye cuando se apaga la luz. Así es el compartir sábanas, manos que se despiden, espejos en solitario.

La cotidiana comezón: rascarse las ganas, herirse a propósito porque no vaya a perderse la costumbre de recibir el golpe cuando menos se espera.

Me asomo a mi cuerpo y recorro sus puntos débiles: las venas azuladas de unos pies demasiado grandes, las piernas fibrosas como de árbol que se aferra sin agua a la orilla de la carretera, árbol estúpido, para acabar más pronto.

Soy hombre: duro poco y es enorme la noche, escribió Paz. Yo duro mucho, la infancia y sus columpios han sido eternos, las espinillas y los bares de la adolescencia han insistido en construirse pasillos largos como de hospitales a los que han llegado a morirse todos los que soy. Soy hombre y duro poco en mi serenidad, me reviento bajo el sol a propósito, tanteo la lluvia para sacarle la vuelta a la humedad de otros cuerpos, no tengo paciencia.

Quince minutos después la liturgia de la repetición: buscar los zapatos debajo de la cama, tomar café frío y echar ojo a los anuncios de empleos en donde quiera que haya vacantes. Siempre pienso en moverme a otra ciudad, el plan es salirme de mí y arrastrar mis intestinos a otra parada de autobuses, a otra taquería donde otros perros deambulen con las mismas costillas a punto de botarse.

Intentar, intentar trabajar en silencio para que nadie me aborde. Los ojos de los demás se han atorado mucho en mí, me escarban las respuestas, creen que soy un tipo amable y apagado. Sus adjetivos son tarjetas de presentación gastadas, caducas, buenas para deslizarse por debajo de puertas de casas donde nadie vive.

Trabajo de ocho a tres, tiempo en el que actúo que trabajo. Corrección de artículos sobre el medio ambiente. En mi pantalla unas ballenas se deslizan por fotografías que a fuerza de retoque, necesitan de la ayuda de un buen texto que las salve de redes de pesca, que las ponga en la red de internet y las muestre por fuera (algunas ballenas tienen protuberancias como pies) y por dentro (también tienen un corazón con cuatro cámaras; en una sección odian, en otra

cogen, en otra beben ron a las once de la mañana y en la última se van a llorar cuando pierden el rumbo y por más que manden señales nadie acudirá a desvararlas).

–Oye Hermes, ¿está listo el artículo? llevas dos días babeando sobre el teclado

Babeo por costumbre, particularmente cuando leo, salivo sin sorpresa para la almohada cuando duermo, debe ser horrible espectáculo verme dormir.

La rutina consabida de irse a morir a la cama cada noche, albergar el cuerpo entre las manos para sentirme menos solo, atenerme a mensajear en la madrugada equivale a tener presencia en la vida de otros. Rutina a seguir.

Xu Lizhi no quiso seguir la rutina en la ensambladora de iPhones; imagino que sus manos delgadas no temblaron cuando escribieron sobre el tornillo que cayó vertical al piso y no llamó la atención de nadie. Así se desplomó por la ventana el poeta Xu Lizhi, directo con su delgadez al cemento helado, a su alrededor una ciudad ensimismada enviaba mensajes sobre la conveniencia de ser solidarios con los suicidas.

La cotidiana cosa de hartarse como el poeta chino y no caer vertical en ningún lado sino empequeñecer el cuerpo en horizontal; tentado a gruñirle al reloj, al celular que me pide más mensajes para consumir eso que no diré por no saber cómo. Ni hoy ni mañana.

Balada del sordo

Nunca se queja aunque me encuentre leyendo su diario. Su mirada es comprensiva y se lo toma como ocurrencia de hermanos, no es que importe lo que escribe, es su paciencia motor de mi constancia por molestarlo.

El sordo quiere ser mi amigo, se acomoda su aparato de audición con desesperación, tratando de hacerse más grande la oreja para no perder detalle de mi voz y labios. Como si no hubiera sido una carga eterna explicarle todo desde niños; cómo jugar y armar rompecabezas, lavarse los dientes, o rasurarse los pelos impacientes a que el sordo oiga su propio cuerpo y termine por atenderse solo.

Rollizo y con anteojos que delatan su pobre vista, ha sido testigo nervioso de mis pequeños asaltos al bolso de mamá, de las botellas de tequila que le harán menos daño a los tíos refugiándose en mi chamarra. El sordo pretende ser ciego ante los desfalcos domésticos. No por eso me agrada, es un cobarde.

Pero ya no grita, es un perro domesticado por la vida y mi devota ayuda.

Casi me costó un castigo de meses haberlo abandonado en el parque con los ojos tapados, sonreía en su

balada silenciosa estirando los brazos, seguro pensaba que me alcanzaría.

¡Erick, Erick! lo llamé con alegría, pegándole con el puño en la espalda y el pecho, al guiarlo, mi frente hervía, el corazón crecido me golpeaba el estómago, si, lo conduje entre piedras con la intención de que se rompiera los huesos por un desnivel del parque, había arbustos secos, ardillas espantadas y pinos que no podían alertarlo, eran mudos.

Pero su cuerpo le avisó: el sudor que le mojaba las axilas, el olor del aire enrarecido por mis intenciones, o simplemente confirmó lo que siempre supo, que lo odio.

Se bajó el trapo con el que cubrí sus ojos, sin moverse recorrió con la vista los metros de precipicio que estaban frente a él, juro que algo cambió en el sordo, me miró a la altura del cuello y se encorvó, todo él fue un animal herido dando pasos tímidos hasta la casa.

Mamá nos recibió con un pollo recién horneado, papá le sirvió una copa de vino tinto y celebramos sus veinte años de casados, ellos se sonrieron como siempre, y dedicaron algunas palabras de agradecimiento a los presentes, ellos, envejecidos hasta las ropas y la vajilla. Fui tan feliz ese día que me libré de un buen castigo, tan de buen ánimo estuve que le serví ensalada al sordo. Mamá me ladeó su cabeza agradecida, papá me apretó el brazo.

De pronto llegaron los primos y me jalaron de la mesa; subimos corriendo a mi habitación, era noche de películas, ¡Quién podía tener hambre esa noche!

Diente de león

Ella cierra los ojos pero no duerme, su corazón presiente la muerte esta noche, miles de navajas lo atraviesan. Su hombre ha muerto y el mundo sigue aguerrido buscando comida y trago que no han de faltar para embriagarse de olvido.

Un hombre ha muerto solo.

Ella se ha desbordado en lágrimas porque nadie se detiene a orar por él. Lo han abandonado en esta orilla del mundo, con las manos raspadas por las láminas que lo empujaron a saltar hacia la boca del lobo.

Ya no lo volverá a ver. Él se ha ido a perseguir el sol, alucinado y sediento ha creído que tras las vallas, hay un mar lleno de tesoros en el que se puede zambullir y regresar con perlas que valgan más que sus lágrimas.

Se sentó a esperar al hombre que ya está muerto en otra tierra, cortando la soledad del monte con su cuerpo, su oreja pegada al suelo escucha el lamento de sus padres, ya no les responde porque las fuerzas del cuerpo lo han traicionado.

Su cabeza, yace cubierta por una madeja de dientes de león. A su lado, el espíritu de su madre le toma una mano, a sabiendas de que ya no podrá rescatarlo de esa caída mortal.

Un hombre boca abajo sueña la muerte. Ha muerto con sed y hambre. Su desamparado espíritu busca regresar a casa, por eso se eleva sobre el pedregal para buscar a su gente. Tras otras montañas y pueblos, ella pronuncia incansablemente su nombre, allá regresa a recostarse en su cama, cansado de buscar tesoros en otras tierras.

La lenta noche se despide de él, ahora su rostro se ilumina con el amanecer.

La granja del poeta

Zincx227138, esta mañana has estado muy pensativo mientras atendías esa hermosa granja que tu padre te ha heredado: los cerdos no podían estar más felices con el agua vitaminada con que salpicaste el lodo, hundían el hocico y gruñían en un estruendo que de repente te pareció insoportable y obsceno.

Ser poeta es una condena –piensas– genéticamente has nacido con una piel delgadísima que es vulnerable a los cambios climáticos y a los embistes de tu amante. Tu prioridad es el dolor.

Eliges la soledad porque puedes controlar matemáticamente lo que te rodea: hay censores que te avisan de una repentina lluvia de estrellas o de la caída de meteoritos por tu sector. No te importaría recibir un poco de luz solar en estos días, así podrías entretenerte contemplando la maraña de cables tornasolados y los cinco suaves corazones que se alojan en tu estómago, sobretodo en esos lapsos mortales en los que no llega la palabra correcta a tus versos.

Te odias y te amas, desajustas tu visión a ratos, para no ser cómplice de los medios de comunicación que te taladran la conciencia. Te desconectas escribiendo.

Tu padre dice que desde tiempos inmemoriales los poetas se han desconectado, tú le preguntas en qué parte del cuerpo tenían esos poetas el botón de apagado, él dice que no era un dispositivo visible como el tuyo, los poetas antiquísimos perdían la mirada en cualquier cosa, en una botella de vino, en el cielo, en las nalgas de cualquier transeúnte que no pocas veces los arrancaba de la ensoñación con una vibrante bofetada.

Un chillido terrible te regresa a tus deberes, los cerdos se abalanzan en una trenza de furia contra los últimos restos de pan, de repente te sientes culpable: hace más de dos meses que no das mantenimiento al dispositivo virtual donde por años han retozado los cerdos, estás dejando caer la granja por la que tanto trabajó tu padre.

La vida es dura para un poeta que carga con metáforas de un mundo que ya se fue, más aún porque su piel es como un tejido blanco y transparente donde las palabras lo traspasan dolorosamente cada vez que se le ocurre un poema melancólico, piensas que quizá en el futuro los poetas serán menos sensibles y enterrarán el amor en otros planetas de exilio, donde su palpitar no duela jamás.

La ciudad es el mar

Me asomo a la ciudad con ojos desconocidos. Adivino la conversación de los transeúntes, observo el grafiti en la ciudad; sus códigos, su decir incomprensible, su grito congelado proveniente de un lugar que no encontraré jamás. Es el mar.

Me detengo a mirar al demente que cruza milagrosamente la calle, pido en secreto el milagro final para él (en la profundidad del agua). Los gritos de la ciudad se ahogan en las pantallas de plasma, en los celulares omnipresentes. La vida late en otra esquina que hemos saturado de olvido, de corales encallecidos.

Todo entretiene en esta corriente de gente nadando sobre el pavimento. Tratan de sobrevivir y simular que la carcajada les durara en el rostro; les observo en sus pequeños triunfos, espío su mirar en las vitrinas, los mensajes que sus ojos emiten. La vida está en otra parte. La que se nos acurruca en las esquinas, la que está dentro del buzón, bajo la mesa destartalada. La gente como un océano en continuo movimiento, secándose por dentro, imitando la felicidad desconocida.

Esta mañana como todas. Marea roja, marea negra; ha dejado peces sobre la playa, resecos y curtidos a punto de pronunciar palabra. También hay sirenas confusas agi-

tando los brazos sobre semáforos, cantando enronquecidas sobre un mar de gente que ya ha sido encantada.

Las sirenas de cuerpos nacarados se jubilan para beneplácito de las patrullas que cruzan la noche. La gente ya no piensa en ellas porque se está muy bien en una ciudad que ha perdido el sueño, donde no caben más seres extraños fuera de los desvelados de siempre. Las sirenas beben vino escondidas tras los espectaculares, dicen que la tinta de los pulpos no les produce sopor y esta falsa alegría.

A Ensenada brumosa, le molesta el sol brillante. Su cuerpo se extiende con arterias llenas de automóviles-peces tan enlatados, encerrados en mundos a los que se les agota el tiempo; sin embargo se justifica con la uva en los labios, con el mar en la punta de la lengua, con el mar más frío, bravo, cercado por embarcaciones dueñas de sus frutos, torres insaciables, hoteles de paso levantando una cosecha cada vez más exigua.

La ciudad es el mar. Los bancos de peces sofocados en las viviendas de Infonavit, las medusas coloridas embaucando en la zona roja, los tiburones al volante de microbuses o al acecho de infractores en vialidades acuosas. La danza mágica que los caballitos de mar representan frente a los ojos de adictos, pesados atunes atrapados en redes, los ojos desorbitados al aire.

Meto el rostro en el mar, algunos charales se detienen a tocar mi nariz. Otros siguen concentrados en sus computadoras navegando en la red, absortos, alejados de sí mismos, de arrecifes cercanos a ellos.

La ciudad anegada, el mar secándose ante la indiferencia. Hay días marinos como estos en que dan ganas de ser un poderoso delfín y comprarse una isla exclusiva, amanecer sin más ruido que un corazón palpitando bajo palmeras.

Dormir con la sirena

Mi madre dijo que debería acudir al llamado de la sirena. La miré aterrorizada, ella siguió picando cebolla en el pedazo de tabla que mi tío partió para armar el ataúd de su madre.

Sabía que tenía que obedecerla, era eso o quedarme afuera de la casa y dormir en la intemperie, que para el caso era lo mismo. Dentro de mí nadaba la contradicción. Cada verano la sirena se acercaba al pueblo y exigía la presencia de una muchacha a su lado, tributo para dejar de embaucar a los pescadores del pueblo. Dormir a su lado, no pasaba más que eso, o al menos nadie daba más detalles después de haber pasado la noche con ella.

Ya presentía que me llegaría el día pronto, las muchachas que habían ido antes ahora se habían vuelto huraña, huidizas de las fiestas y los mercados, al paso del tiempo desaparecían de las calles, inexplicablemente se iban a vivir con imaginarios parientes lejanos o encontraban trabajo en ciudades donde nevaba constantemente.

No tengo miedo a la sirena y a dormir en su regazo. He pasado en esta tierra por cosas peores para venir a lloriquear por la presencia de un pez con pechos, me dije trayendo imágenes de primos que me atraviesan con sus manos de uñas sucias. Así que me dejé llevar por la ensoña-

ción la noche anterior a mi iniciación, imaginé recostarme a su lado en el agua helada y oscura del mar, confiada de la luna brillante sobre nuestras cabezas, su cabello larguísimo flotando sobre su cara o la mía, confundiéndose con las medusas y sus tentáculos envenenados.

En la mañana mi madre me gritó desde el patio y señaló el mar, estaba más azul que nunca, calmo. Tras las rocas, la cabeza de la sirena nos espiaba, sus cabellos rojos señalaban con el vaivén del agua el lugar donde iría a pasar la noche con ella. El sol me encandiló al tratar de grabar su rostro. Desalentada fui a mi habitación a tirarme sobre la cama con la intención de soñar de antemano lo que haría esa noche helada.

No comí nada ese día, mi madre se entretuvo en pequeñas labores para no venir a hablar conmigo ni a darme razones por las que tenía que irme en la noche, era una mujer que no podría haberse explicado ni a sí misma, ni la vida, su cuerpo, ni su paso por estos caminos de vivir a veces infernales.

Entendí, mientras comía un gajo de naranja, que las sirenas no temen ser vistas, son demasiado orgullosas de su belleza para preocuparse por la histeria que generan a su alrededor.

Cayó la noche y me escurrí de la casa, todo parecía de antemano tan solitario, ni un sonido en la copa de los árboles, antes tan lleno de aves cantoras, ni ladridos de perros o gritos de chiquillos desvelados jugando.

Me encontraba sola, como infinidad de veces encarando el peligro, sin ánimos para retarlo o escaparme de él. Así somos algunos seres humanos, tan desprendidos de nosotros porque no nos pertenecemos ni hay quien reclame nada sobre nuestros quereres.

La sirena se hizo a un lado de la roca para abrir espacio para mi cuerpo, me fui acomodando a su lado sin par-

padear, ¿qué hago aquí? no dejaba de preguntarme, su piel como corteza de un árbol encallecido me hizo estremecer, me miraba curiosa y burlona, esperando mis gritos. Nada de eso sucedió, estaba dispuesta a cumplir con mi cuota de pánico sin que ella lo notara.

Duermo a su lado pero no profundamente, temo a que se harte de mi presencia y me rompa el cuello con sus dedos arpones. Silencio. Ella ha partido en sus sueños a otro lugar, tal vez a uno en el que le crecen las piernas y puede cruzar calles buscando a quien amar.

La noche con su oscuridad nos hizo cómplices al punto del abrazo, sus labios no eran tan fríos como el resto de su cuerpo, o quizá eran los míos tratando de no ceder al miedo, al dolor de sus uñas en mi espalda.

Dormí por algunas horas, mi cabello y el de ella enredados en un telar que dejaba ver las primeras manchas de luz de la mañana, a lo lejos los pescadores ignoraban nuestros cuerpos entrelazados, me desaté de su telaraña y con poca fuerza le pedí a mis piernas que me llevaran a la orilla, a mi casa.

Regresé todos los días por un par de semanas, la complací en lo que sus dedos me indicaban, la miré a los ojos sin parpadear, debí haber sido la primera porque cantaba a mi oído con la voz enamorada. En ese momento supe que había vengado a las otras, tenía su helado corazón en un puño, era momento de despedazarlo.

Me levanté de su lado, ignorando las garras que me surcaron piernas y brazos, su canto despavorido, el ruego gutural, sus cabellos amarrados a mi cuello. Me alejé a pesar de su hundimiento, con rabia y placer, así se deja lo odiado.

No miré hacia atrás en ningún momento, creí escuchar un quejido como un sonido de rama rota, no desanduve la playa, seguí adelante. Todos seguían durmiendo en

la casa. Hice mi maleta y salí del pueblo con algunos rasguños que me recordarían siempre que hay quienes sufren por encontrar amor, otra piel que les caliente el alma. Yo ya me había perdido hace mucho, lo que me dolía era darme cuenta de ello y no regresaría, no sabía cómo hacerlo.

Sin rostro

Era un crujir de ramas, atravesó a zancadas los arbustos, ciego de las estrellas que ya le estaban llorando. Corría a pesar de los ramalazos sobre las mejillas, escuchaba cómo los otros lo perseguían con piernas más largas que las suyas, supo que le estaban acortando el camino en un círculo, supo que no avanzaría mucho y que era un rato de diversión para los asesinos.

En unos segundos, reventándose su pecho de miedo, alucinó una salida: un pozo por el que caería a gran velocidad y despertaría o lo atraparían finalmente porque ya no podía seguir corriendo con esas aves aleteando de pánico en su garganta.

Un golpe. Metal sobre el cráneo lo hizo derrumbarse, un montón de risotadas celebraron su caída, él abrió los ojos hasta el dolor, sin parpadear, intentando verlos con la poca luz de luna, pero no eran gente; eran un montón de lenguas envenenadas, bultos con dientes listos a morder, eran bestias con máscaras humanas, eran nada.

Uno de ellos le ató las manos a la espalda, luego lo torturó hasta lo indecible. Él encontró el pozo por el que se deslizó rápidamente a la muerte, mientras las bestias gruñían de placer, disputándose su rostro, algo que nunca tendrían.

Mi mala memoria

Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico museo de formas inconstantes,
ese montón de espejos rotos.
Jorge Luis Borges

Tú sigues aprovechándote de mi mala memoria. Dices conocerme de hace muchos años y me pones al tanto de toda mi vida. Me ha gustado tu versión. Por ti sé que he estado en países que se me aparecían en sueños, me revelaste en murmullos crímenes que cometí, pasajes secretos que ahora callamos. Me has regalado mi pasado, unidos por esta inmensa gratitud que te tengo.

No puedo más que confiar en ti. Mi familia ha desaparecido en brumas que nacen de paseos bajo los árboles, abandonaron la casa que un día nos reunió frente a una chimenea, dejaron su ropa a medio empacar y entre risas se olvidaron de mí, me dejaron atrás. Por eso no me importa de dónde hayas salido, importa que dices tu verdad y te creo. Escapo al abandono cuando escucho mi vida por tus labios.

Los recuerdos son invenciones construidas para no llorar, para no envejecer del todo. Se untan en el rostro por las mañanas, son la irrealidad que se acomoda entre las cejas y que cualquiera puede ver en nosotros, encubren ese juego que cansa y que no termina, reposa poco, se aleja rápido y se le confunde siempre con amor.

Durante la noche el sueño insiste en traerme manjares a la mesa, frutas fluorescentes que penden de las regaderas, muertos que salen de sus tumbas a contar quién he sido. De la semilla nocturna viene ese mar peligroso, riscos de los que se cae sin fin, esa otra que se parece a mí, los parientes que no reconozco, mi balbucear onírico entretiene al gato bajo la cama, escucha maldiciones o mis confesiones de amor a extraños.

Tengo mala memoria. Lo único que me reconforta es saber que no conozco el apego, sólo necesito unos pinceles, algunas blusas, los libros que pudiera meter en mi bolso y todas esas imágenes de un mundo que se despide cada vez que pierdo a alguien. Esos otros que se mueren para que uno les siga contando cómo es la vida sin ellos. Sin querer nos vamos pareciendo tanto a los que ya no están: cada vez deseamos menos, pero lo deseamos con más fuerza.

Abro mis ojos para grabar todo exactamente, para recrear, revivir a muchos de los que se han ido, aunque tú me digas que siempre he estado sola, que nazco cuando tú me nombras.

Desvelo de una mujer con miedo

La noche se ha vaciado sobre la ciudad. Finalmente encontré espacio para mi carro al lado de un contenedor de basura, caminé a la puerta del bar "Luvina", oleadas de risas rotas y unas percusiones me recibieron indiferentes. No vine a ver a nadie, nadie está sentado en alguna mesa esperándome. Gente ruidosa, copas al aire, miradas en un sólo brillo; cómplices manos entrelazadas, estoy aquí, entre ellos, porque me aterra regresar a casa, cada noche la cama me espera larga y fría: las sábanas sobre el lecho que bien pudieran recibir a un difunto o a mi cuerpo laxo.

Imagino que todos los que estallan en boquiabiertas carcajadas, muy dentro de sí temen lo mismo que yo. Nos hemos alejado de nuestro lugar. Un día en que se pensó que la infancia era interminable y aburrida; echamos a andar para trepar al primer tren de experiencias que se detuvo. Ahora no hay manera de saltar de ningún vagón y desandar el camino, las vías han ido desapareciendo, el tren sigue su curso.

El alcohol matiza la realidad, las preocupaciones pierden volumen, un sentimiento de entereza y optimismo lo pinta todo, pero a pesar de mi trago; no consigo alejarme del miedo.

Me acongojo, sufro, estiro las piernas bajo la mesa tratando de relajar mis músculos, me han untado cemento sobre los hombros. Decido regresar a casa. Al abrir la puerta de mi departamento me recibe un olor a ramas secas, de esas que uno percibe en el desierto; no se me ocurre nada más que atisbar desde la ventana y sentir un estremecimiento al imaginar serpientes que descansan por todo el piso de mi estancia, sombras que siempre están a punto de sujetarme y ahogar un quejido. Invoco a todos mis escritores muertos mientras cubro mi cara.

Juan Rulfo es el más cómodo en el más allá, ¡Ay! San Juan Rulfo, tómame de la mano y preséntame con tus muertos, los menos fríos, los más dedicados a cultivar la conversación y la nostalgia por la vida. Llévame a la Comala primordial, tómame fotografías entre magueyes resecos, enséñame a ser una con el silencio que no terminará.

Ir a la habitación cuesta, sin querer; evoco a Jorge Cuesta, sus letras lívidas instándome volver a un dios mineral, su pasión traspasa los umbrales de mi inacabable agonía.

Escucho un golpe apagado en la alfombra, justo cuando me decidía a recostar en ese inhóspito lecho; un relámpago de cuarzo y jade surge de los hermosos ojos de mi gata al cruzar fugaz hacia la oscuridad.

Sucede que me retuerzo entre las cobijas, saco una pierna, arrojo las almohadas a una orilla, intento ofrecer al sueño una posición de movimiento, me niego a simular mi muerte al dormir, retomo mi letanía a mis santos letrados: San Julio Cortázar, alma generosa y noble; regálame un hilo de cuentos en los que coliflores como cerebros sonrían amables en esta noche, ayúdame a llegar a la madrugada, a encontrar en el día que viene, mínimo un cronopio que me regale postales con tu rostro gatuno; así sabré que me has tocado la frente cuando me sumía en el sueño.

Pienso en las horas que me quedan por vivir ¿Me llegará la muerte cuando esté dormida?

No debo temer, San Horacio Quiroga está sentado en mi silla de madera, en una esquina de la habitación. Han llegado con él exuberantes tarántulas, canto de loros, el perfume de la selva. Atrapo su triste mirada; dice que el tiempo de amor y locura está aquí, no puedo contradecirlo la muerte llegará en dulce sofocamiento; el sueño me atrapa.

Al despertar el temor se ha ido. Observo coloridas plumas de aves sobre mi cama, algunas fotografías mías en blanco y negro, sonrío agradecida. Una voz me llama desde la cocina, en suave ronroneo Cortázar anuncia que el mate se está enfriando.

Libélulas caen

¿Quién puede venir a contar la muerte después de la muerte?

Yo.

Yo vendría después de que mi cuerpo fuera envuelto por el fuego y algún rastro arenoso quedara de mis brazos, de las piernas que caminaron por las calles más peligrosas o los ojos que no se cansaron de ver atardeceres, bebiendo lunas o estrellas perdidas.

Yo le prometí al amante regresar un dos de noviembre después de mi muerte. Los dos sabíamos que yo moriría antes, mi cabeza, el vientre y todas mis ansias firmaron el papeleo necesario para saltar antes que él, eso lo sabíamos los dos.

El día que pactamos ese regreso, recuerdo, le tomé la cabeza con las dos manos húmedas y lo besé con los ojos abiertos, me aseguré de memorizar la calidez de su rostro, cada una de sus pestañas y cada temblor de su mandíbula al entregarse.

Después, salimos a buscar la bruma y la nube al malecón, algún taxi dando vueltas en círculos, libélulas enloquecidas dándose topes en aros luminosos.

A la orilla del mar bromeamos con dejarnos caer de espaldas sobre la masa de agua, aunque no la podíamos

ver, su plaf-plaf agitado contra rocas resbaladizas, alentaba nuestra caída, la mía; pensé.

Corrimos de esa oscuridad a la negrura de las calles despedazadas del barrio. Teníamos que madrugar para llegar a las siete en punto a la fábrica de ropa donde trabajamos los dos. Juan está en el área donde cortan las piezas, yo hago bastillas; la suave metralleta de la máquina de coser me adormece y deja pensar por horas. Cuando regreso al mundo busco sus ojos y allá están para mí, siempre atentos a lo que le digo de lejos, sin hablar.

Juan es mi amante y el hermano que no tuve. Me ha dado un hogar en su pobreza, juntos armamos un colchón con recortes de abrigos de la fábrica, también le metimos dentro los días que no iban a bastar para que me conociera, con bolsas de plástico y piezas destartaladas de nuestra historia formamos un colchón que nos separó del suelo y de los sueños de envejecer juntos.

Juan toma café descolorido, yo finjo el hambre instruyéndolo en cómo va a decorar mi altar, tendrá que ser muy bonito para poder regresar. Podrá faltarle mole pero no pan, le digo que no olvide la foto de mi perro Botón, que en lugar de cempasúchiles le ponga algunas gardenias, en lugar de sal me traiga un puño de arena de nuestra playa, que ponga la foto en la que sonrío como casi no lo hago, que en lugar de papel picado coloque todos los dibujos que me ha hecho, a cambio de un espejo quiero que su cara se encuentre con la mía esa noche, a mi regreso.

Pero los planes,
la silla rota en medio de la sala
los tenedores de plástico
un celular que alguien pisó en la oscuridad
los hilos por cortar en la jornada de 9 horas
la espalda rota, dolor de ojos arenosos

Juan con el nombre pequeño y los besos largos
pero las calles del puerto oscuras

Y alguien empujándonos de espaldas, mi bolso arrebatado. La patada en mi costado y los otros golpes para Juan que estira un brazo para decirme que todo estará bien, que se va a marchar pronto. Trato de levantarme y usar mis cien puños flacos contra los atacantes, Juan tenía que verme venir de la muerte, quien se arrastraría de la puerta final era yo, no él.

Su cara con todo el resto del cuerpo desapareció del colchón y sus pasos fueron en reversa a encontrarse con-quién-sabe-quién, en otras playas, otros jardines en los que reposará a su antojo, la espalda en perfectas condiciones.

Ahora, un año de mañanas han corrido sin dejar rastro, su cuerpo se fue a las llamas y yo quedé ardiendo en la fábrica. Esta noche él regresará y necesariamente será por mí, aunque tenga que desmayarme ante él y sujetar su cabeza contra la mía para rogarle me cuente cómo ha sido su muerte después de la nuestra.

Estoy entre la multitud

Siempre le ha gustado dejarse llevar por la gente que se apresura en las calles del centro, entre más lo empujen en cualquier dirección más se relaja y sigue los pasos de nadie.

Era un entretenimiento para descansar de sus pensamientos, de las consultas con pacientes cada vez más paranoicos y angustiados. Carlos odia ser psicólogo.

Ayer se bajó del taxi y se unió a los montones de gente que hacían las compras navideñas, hombro con hombro compartió sus carcajadas, aspiró perfumes baratos, apenas podía dar un paso frente a las jugueterías, boutiques, zapaterías, sofocado pasó veinte minutos atorado entre dos traseros de mujeres que estudiaban las ofertas de maquillajes y planchas para el cabello.

No le importaba. Había poco que desear en su casa. Su esposa estaría ahí, revisando papeles del trabajo, luego cenando un cereal. A Carlos le producía una gran felicidad vivir en esa soledad, pensar a sus anchas en un silencio impuesto por la rutina gozosa.

Hoy había planeado pasar toda la tarde en el centro, apretujado entre la multitud que hervía en las tiendas por las compras de última hora. Era nochebuena. Ni siquiera pensó en la cena en casa, deseaba estar en el flujo de vaive-

nes que lo mecían de un escaparate a otro. Hasta que lo vio. Era él mismo, apenas le salía el rostro entre cajas de regalo y osos de peluche, venía en dirección contraria, acercándose hacia él. Vio a ese otro que lo miraba fijamente, a ratos lo veía empinarse una botella, seguramente por las luces de los árboles navideños le había parecido que ese otro podía ser su gemelo.

Pero no, era él mismo. La misma cicatriz en la ceja, ya estaba a media cuadra de Carlos, los dos idénticos empujados por cientos de personas que respiraban con dificultad los villancicos intermitentes. Carlos creyó ver un filo que el otro le mostró rápidamente, trató de virar el cuerpo entre un grupo de adolescentes que cantaban a gritos. No había manera de retroceder, si se agachaba sería aplastado por miles de zapatos que marchaban rabiosos en busca de la navidad. Alzó la vista viendo que el otro Carlos ya estaba a cinco personas de toparse con él. Cuando se encontraron en un cálido abrazo, Carlos entendió que no hay nada mejor que dejarse atrapar, ser tragado por la multitud, abrirse a los extraños en comunión, a pesar de las entrañas que se van dejando sobre la banqueta, es maravilloso que cualquier milagro o epifanía puede suceder en esta temporada de paz y amor.

Tiempos líquidos

Últimamente los pasillos de mi casa se han alargado. Llegar a cualquier lado es una larga caminata que me desalienta. El rumor de las olas llega hasta mi ventana. A veces los restos de la marea dejan sobre las alfombras brazos de cardones, crustáceos, corales rojos, algas pestilentes, botellas con mensajes.

Entretengo las noches contestando las cartas que me regala el mar. En la mañana las botellas emprenden un viaje incierto con cristalizados vaivenes ambarinos reflejan el sol, nadando por mi ciudad. Los dos carteros que existían flotaron hinchados de pesadumbre por las carreteras líquidas. Los niños que siguen pariendo las mujeres en tinas acolchadas de moluscos, desconocerán el antiguo deber de estos hombres de entregar cartas que sellaban complicidades amorosas con firmas seminales, labios anchos de sangre, caligrafías llenas de odio, noticias de parientes muertos que reclaman lágrimas para irse de una buena vez.

De vez en cuando sorprendo persecuciones desesperadas de medusas tras ratones. Los camarones amistados con las cucarachas nadan en bandos tras las migajas del día. Tanta agua como paisaje nos ha vuelto los ojos azules, llorosos, pequeños. Cuando baja la marea y reviento de

aburrimiento me aventuro por canales subterráneos hasta la casa de la abuela, la vieja de la colonia, recitadora de los tiempos secos. Bebo todas sus historias sobre chimeneas encendidas, campamentos en el bosque, tribus cruzando los desiertos, adolescentes tomando cerveza sobre la playa con los pies secos.

No recuerdo las calles sin agua. El pasado se nos ha hundido en ella.

Por la insistencia de la humedad, a mi piel le crecen diminutas suaves aletas, nadie se alarma de los cambios en sus cuerpos, se irán cuando el mar vuelva a su cueva y reduzca sus brazos que todo lo aferran. Esta noche no saldré a flotar entre la ruina de edificios, las noticias que las botellas me traen advierten sobre raptos de tiburones, seducen con sus lomos brillosos, sus sexos alertas y unas piernas que les han nacido para tenderse junto a las mujeres.

Migajas

El hombre le tensa la barbilla con los dedos-tenazas mientras le pasa los labios secos por el cuello. Acerca con la otra mano una lámpara a la escena. A ella se le escurren dos lágrimas calientes que son de vergüenza y rabia contra sí misma.

Había sido día feriado, conmemoración de un héroe entristecido por montones de cenizas intrascendentes. Martha no trabajó y encerrarse a mirar series todo el día fue la ocurrencia de la fatiga, de un gato que maullaba lacónico si ella se removía del sillón pretendiendo levantarse, era un invierno que había alargado sus uñas sobre el vecindario.

En la mañana se probó un vestido que se le caía de los hombros, le resaltaba el estómago flácido, senos como lágrimas, gotas que le manchaban el ánimo, se le notaban los años en los tajos que le atravesaban los ojos, surcos de años malduermiendo, de soltería forzada.

Pero hacía dos meses que se le atragantaba el bocado, las medias se le rasgaban en un hilo, los vasos no resistían quedarse entre sus manos, estrellados en mil agujas contra el piso, veía a su gato cruzar paredes: su nerviosismo comenzaba a media noche; un ruido de toro, retumbar

de cama que le conmocionaba la pared adjunta, eran los encuentros sexuales que los otros si tenían. Nunca vio claramente el rostro del vecino, pero su cortina se corría desesperada cuando lo escuchaba despedirse de su mujer para salir al trabajo y Martha pecho encendido, pelvis palpitante, deseaba arrinconarse siquiera una vez con el hombre desconocido.

Lo esperó esa noche. Perfumada y vestido roce de seda sobre el cuerpo. Allá venía él, tropezándose con sus propios pies. Le siguió obediente cuando ella jaló su sombra hacia el interior del apartamento. El hombre apresuró sus manos al rostro femenino, al acariciarla supo quién era; de golpe alcanzó una lámpara y brusco se la acercó a los ojos. Después simuló desearla entre burlas, una obscena mueca de asco no evitó que le lamiera el rostro y la llamara vieja estúpida. Mañana le contaría a los vecinos cómo se le echó encima, ya vería que su lugar estaba en un asilo y no andar asaltando hombres casados.

Las sienes de Martha retumbaron. El gato pasó indiferente frente a ellos acariciando las cortinas con la cola, lentamente.

Ahora se dice que no la empujó el coraje sino la vergüenza de que el hombre le alumbrara la cara, la pena se había ayudado de un desarmador cercano, y así una cosa había llevado a la otra.

Prototipo

Él, un apartado en el laboratorio de pruebas, hombre casi normal. Su piel receptiva simula respuesta al tacto cálido, el color de ojos se le oscurece cuando lo observan de frente, un modelo atento al estímulo pero negado al razonamiento, sarcasmo, a la insinuación. Tales defectos de fabricación en serie tiene atribulados a los científicos que contemplan incinerar miles de ellos. El próximo proyecto es crear al superhombre con el que Nietzsche deliraba, la controversia reside ahora en detallar su banco de la imaginación, el tono de su voz, su palabra que dé vida a la obra de los justos.

Tribulaciones del espíritu

Persecución

Los otros nos venían persiguiendo.

Yo le tomé la mano y corrimos sintiendo que las piernas eran pesadas columnas que se resistían al avance, los otros eran rápidos, nosotros nos mirábamos con angustia a cada paso: estábamos perdidos en esa lentitud del sueño.

Nos detuvimos a esperar que ellos terminaran con esta tortura. Alzamos los brazos para cubrirnos la cara.

Ellos pasaron de largo persiguiendo a una pareja que apenas avanzaba, que se miraba con terror el uno al otro. Nosotros abrimos los ojos de repente, despertamos al mismo tiempo, los dedos entrelazados y la sensación de que nos seguían persiguiendo.

La pérdida de mi padre

Se me perdió mi padre. Una tarde en la que me sentí crecido íbamos juntos por un camino angosto y lo perdí de vista, no me preocupé porque él siempre aparecía en las noches más oscuras pero lo perdí cuando daba una vuelta a otro destino; cuando escribía sobre aves del mal presentimiento. Nunca más sus palabras, sus ojos oscuros, su acompañar discreto. Su voz para enmendarme el corazón, la duda. Dónde descansará la frente. ¿A qué hora recordará que ya no camino a su lado y regresará por mí? Se me perdió mi padre cuando más lo necesitaba porque volví a ser niño.

Un frasco con su nombre

Hay una caja de cartón fuera de mi casa, asómese y lleve lo que guste: hay tiras largas de espera, botones que se fugaron de abrigos intrépidos, guantes y calcetines sin par porque sus compañeros se envalentonaron una tarde y se fugaron a la playa, hay monedas buenas para comprar descanso del alma, sombrillas que amparan besos clandestinos, llaves que cierran ventanas inoportunas, pastillas para leer las nubes, retazos de tela para remendar conciencias, lápices para dibujar posibilidades de amor y odio, sillas para rehusarse a la inmovilidad. Busque el frasco con su nombre, ábralo y descubra cuál es el siguiente paso a dar.

Hermenegildo Valtierra

Al señor Hermenegildo le avergonzaba la poesía, el hecho de conocer su existencia le parecía consuelo de vendedores de fruta marchita. Hermenegildo Valtierra confesaba, con mucho orgullo, haber reprobado tercer año de primaria por haberse negado a declamar en un día de la madre. Huyó de toda frase endulzada, se tapó los ojos un día que los vagones del metro mostraban poemas luminosos.

Por supuesto, ni dudarlo, no escuchaba canciones de ninguna clase. Una tarde romántica arrojó un saco de harina a tres músicos que llevaron serenata a su vecina. ¿Es que uno no puede librarse de la mentada poesía?, le gritaba furioso a su espejo.

Sobra agregar que sufría el trayecto de su casa al trabajo: seguro que en el taxi una melosa mujer cantaría al amor perdido o a los labios que se encienden al besar, ¿Para qué sirve esa fritura de pomposidad azucarada? ¡A la vida se viene a trabajar, no a pararse en medio del parque a sonreírle a los pichones!

Cuando por fin se hartó del bullicio de la palabra hermoseada por cada esquina del barrio, hizo una pequeña maleta y se fue a una playita oaxaqueña. Allí se tiró, sin quitarse su traje gris y corbata verde, bebió cerveza hela-

da y contempló por horas a una gaviota blanquísima, vio los brillos enceguecedores de la arena, se asombró con los cangrejos aguerridos, aplaudió el aleteo de las palmeras, se sintió protegido con la nube vigilante sobre su cabeza, dijo adiós a una barca meditativa en la lejanía, luego disfrutó el aire salado y el haberse alejado por fin de la poesía.

El hombre y su musa

A Francisco Morales

El hombre no se altera. El borracho a su lado le escupe carcajadas en el rostro y no deja de apretarle el brazo. Contra todo pronóstico, el hombre sigue concentrado, no deja que se caliente su cerveza y bebe conversando con sus personajes. El ebrio se cansa de molestarlo y arrastra los zapatos hasta otras mesas. El hombre, sereno, sigue bebiendo en compañía de una mujer que lo mira comprendiéndolo; es su personaje principal. Ella regresará al poema cuando no tengan más que la madrugada.

Los pequeños olvidos

La insistencia de Mario había dado fruto, una pequeña jaula de metal hizo la ansiada entrada a su habitación desplazando a todos los muñecos y héroes de plástico. Sus ojos pasaron esa tarde sonriendo satisfechos, de verdad le entretenía observar los movimientos nerviosos del hámster, su diminuta nariz oliendo el aire, la carrera circular que no lo llevaría a ningún lado más que a buscar más comida que lo distrajera del agotamiento.

Julia pensó que una jaula de treinta centímetros cuadrados era ideal para un hámster, el invierno se acercaba y sería más fácil que el roedor no amaneciera helado, además esa jaulita tenía forma de un castillo medieval, Mario podría meter soldados a defenderlo en caso de alguna invasión bárbara, al menos el animalito le haría compañía, porque el padre y ella siempre estaban tan cansados, atadas sus tardes en el trabajo, no faltaba la llamada telefónica la que los sacaba de casa. Su ausencia era tan presente, aun cuando se esforzaran por leer cuentos al niño cuando le llevaban a la cama.

La primer semana fueron felices al contemplar la cara emocionada de Mario, explicando atropellado, los trucos geniales que le enseñaba a su mascota, Julia se daba

cuenta de su gozo con solo ver las pequeñas manos de Mario describiendo cómo Jack, el hámster, volaba por los cielos junto al hombre araña y era capaz de agarrarse algunas veces de las cortinas. La madre pensaba que bastaba con poco para dar alegría a los niños.

Algunos días más tarde el niño no lucía ya tan contento, Jack necesitaba un compañero que lo ayudara a pelear contra soldados enemigos, últimamente se estaba haciendo el flojo y no quería pelear, así que Mario utilizó la frase "por favor" en todos los tonos, llantos y gritos posibles; hasta que la madre estuvo de acuerdo con que un solo hámster no podría acabar con el mal que impera en este mundo.

Cuando abrió los ojos el sábado, lo primero que vio Mario fue una cabecita color miel que hacía contraste con el pelaje oscuro de Jack, ¡yes!, gritó feliz, ahora tendría dos aliados que morderían las cabezas de los enemigos, no perdió tiempo y estuvo toda la tarde entre cajas de cartón, barricadas de almohadas que igual recibían el ataque aéreo de roedores o paracaidistas suicidas, que arriesgaban su vida por el territorio del pequeño rey.

Los padres notaron entonces, que cuando el niño salía de su habitación a cenar hablaba con tal delirio, decía que por fin las peleas entre los soldados se hacían más entretenidas gracias a Jack y Tom. Julia ya no tenía que leerle cuentos en la noche ni llevarlo al parque por las tardes; al fin tenía más tiempo para ella. Era justo dejar que el niño madurara a solas, se merecía escapar con sus amigas y avivarse con otros aires.

En esas tardes de café con otras mujeres la madre no pensaba en su trabajo de oficina ni en las obligaciones, pagos y el intermitente silencio que la unía a su marido. En su casa daba lo mismo el mutismo del esposo que la marea de gritos en la que hacía aspavientos su hijo, era el mismo

hueco que ningún sentimiento llenaba, sentía que su vitalidad se había quedado atascada en algún salto del tiempo, ahora mismo en el momento de estar con sus amigas le costaba trabajo seguir el parloteo, el guion de la plática se le escapaba, era siempre la sensación de tener que estar en otra parte.

A veces pensaba que era el café lo que la atontaba, o seguramente la entumecía su costumbre de sentarse frente a la ventana a observar sus propios pensamientos, a tratar de no pensar, o ese esfuerzo por ir reteniendo las emociones en una cubeta que siempre iban a dar al excusado, porque no era adecuado desear huir, porque una madre siempre tiene que estar accesible aunque sus ojos huyan de obligaciones que nunca pidió.

Esa noche el frío le había congelado los pies. No recordaba haber puesto cobertores más gruesos en la cama de Mario en mucho tiempo, quizá meses. ¿Cuánto hacía que no veía realmente a su hijo?, corrió a la habitación contigua y abrió la puerta; un olor penetrante le abrió los ojos, a Mario parecía que no le perturbaba el sueño, sus párpados se movían con rapidez. Ella recorrió la habitación y despertó al desastre: restos de comida en el piso, puños de ropa sucia crecían en las esquinas de la habitación, las estrategias y planes de ataque de las batallas de Mario estaban claramente detalladas en las paredes con tinta negra, pero el olor, la peste era lo que no soportaba; ya aclararía con el niño el porqué de esa inmundicia acumulada.

La fetidez provenía de la pequeña jaula, lo que le recordó su intención aplazada, de comprar otra más grande, al fin que ya eran dos hamsters que necesitaban un poco de más espacio. Pero las buenas intenciones habitan en un terreno inaccesible, poblado de espinas al que es difícil llegar en un primer intento. Cuando la madre pudo ajustar sus ojos a la penumbra, pudo ver el horror al interior del

pequeño castillo medieval, la fortaleza había sido tomada por los enemigos: cuerpos decapitados, patas que asomaban colgando de tejidos laxos, rostros con ojos desorbitados y apenas algunas tiras de pelo, hacinamiento de roedores respirando trabajosamente unos contra otros, unos comiéndose las crías, copulando los otros en una misma ansiedad, todos dedicándole una mirada al vacío. Julia sabía de qué se trataba, ella siempre había mirado así.

Round número ocho

A don Mariano, boxeador de los buenos

Ya no podía darse el lujo de perder otra vez. Había recurrido a pomadas mágicas a base de petróleo, cataplasmas hirviendo con restos de café y menta en las muñecas; hasta los preciados y caros huevos de codorniz que sólo dolor de estómago le habían dejado.

El resultado era la merma de músculos cada vez más laxos, el tiempo seguía trotando sobre su cuerpo hinchado, amoratado a veces; cenizo por el desvelo y el hambre que llegaba a sentarse a su lado, a mirarlo por horas, como el foco anaranjado que pendía del techo de la cocina.

Las cuerdas del ring lo impulsaban a seguir adelante en la pelea, –no te rajes a estas alturas– decía su entrenador o sería que eran los gritos del entrenador de su contrincante. Igual tenía que obedecer. Entre más aguantara el mazo que le rompía el cráneo y las pinzas que le sacudían la mandíbula; podría contar con unos pesos de sobra que le pagaran la renta y algunos tacos para irla pasando.

Pero no era su día, o mejor dicho, no era su noche; ya se la habían rayado mil veces los pocos que apostaron a su favor. Nada había pasado, las piernas lo habían traicionado, qué decir, ¿traicionado?, ¿cuándo hacen las piernas o cualquier parte del cuerpo un pacto de no desfallecer,

cuando se le pone en una situación superior a lo que pueden dar? –pensó–.

Y otra vez la campana, ¡ding! Y arrastrarse ante el otro, poner cara de muy chingón cuando lo que quería era estar boca abajo, tumbado en su catre, oyendo toda la noche a la policía perseguir fantasmas de maleantes sin rostro.

La arena es como un enorme baño público, con una gigantesca taza blanca de la que se desbordan orines, apesta a sudor macerado, cerveza desparramada que amarillea los gritos de los espectadores, y ahí parado el pobre boxeador, flaco. Con las piernas temblorosas a punto de ser succionado por el drenaje del oloroso retrete, licuado entre lo más ínfimo del desecho humano.

En el descanso del round séptimo, el sabor de su propia sangre, le recordó que tenía hambre. Le hizo una seña al chiquillo que estaba cerca de su mochila y le arrimó un termo con un brebaje que le había preparado la vendedora de periódicos de su calle.

Mucho tiempo antes, la vio en cuclillas preparar el bebedizo machacando ciempiés, hojas secas de geranio y concentrar esto en un tubo suspendido en una red de ligas; –a esto le aviento fe y oraciones a San Juditas y verás lo que hace remediajo de pobre, hijito– le dijo la vieja.

Se lo aceptó por pena, porque le dieron muchas ganas de llorar cuando la viejilla le dijo que con eso agarraría fuerza para ganarle a su rival, le dio coraje y lástima con él mismo, por no poder recordar a su propia abuela. Se tomó esa porquería, era el asomo más cercano a un gesto de generosidad que alguien le diera en los últimos años.

¡Round número ocho! –gritó el anunciador–, de nuevo la campana que le hacía eco en los intestinos, si había llegado a los ocho rounds quería decir que era cuestión de pasearse por el ring, echarse en abrazo pesado al contrin-

cante, ir hacia atrás, agarrar vuelo y tratar de conectar sólo uno, un golpe que lo justificara bajo esa luz de rosticería.

El boxeador flaco, sintió el guante de su oponente remover su ojo derecho, un pinchazo de dolor que se le corrió por el cuello, conectado al resto de los ramalazos, como una estrella que emitiera dolencia hacia adentro.

De pronto esa sensación de dolor salió disparada hacia afuera, los brazos se volvieron ligeros y su único ojo sano, pudo concentrarse en rematar la mandíbula de su oponente en un constante movimiento frontal, acosando con laterales y ganchos que surgían del flaco, en potentes ráfagas, culminando con el cuerpo del rival en la lona, la mirada incrédula de su equipo y el público sin atinar a gritar nada.

El renovado peleador soltó los escuálidos brazos a sus costados, se acomodó el gastado short como pudo y esperó el dictamen que por knock out había conseguido.

Cobró su dinero; de sobra para aguantar una buena temporada, la noche no estaba tan helada. Al entrar a su habitación se echó pesadamente sobre el catre y dejó que el foco hiriera sus ojos, encerró su cuerpo con brazos sobre rodillas, hundido en un descanso que por fin se prodigaba a sus huesos. Un intermitente eco de luces de cuadrilátero y gritos de aficionados retumbaron en el cuartucho, se llevaron el cansancio y la sangre que manaba de órganos dispuestos a detenerse a un mismo tiempo.

Tres piedras blancas

Mis héroes no tienen nada especial.
Tienen algo que decirles a otras personas pero no saben cómo,
así que hablan para sí mismos. H. M.

El señor Murakami colocó tres piedras blancas en la tierra, en la entrada de su casa. Había poco viento y ruiseñores esa mañana de octubre.

Una nube le confirmó lo que temía desde hace años, la fortuna que invocó con esas piedras blancas se le escapó.

Después de escuchar las noticias internacionales, el señor Murakami pintó las piedras con una tinta negra y las arrojó al río. Sus pies desnudos se percataron del frío (le agradaba) caminaron a la cocina, transportaron al señor Murakami y al whisky sobre sus manos. Se recostó en el sillón pardo y se bebió con el alcohol todas las expectativas del mundo, sonrió a medias ignorando a su gato que llevaba minutos rasgando la cerradura de la ventana. Un escritor detesta ser interrumpido en sus placeres. La tristeza es uno de ellos, quizá el más puro, aderezado con algunos grados de ansiedad y silencio, es mejor.

Los árboles hicieron lo imposible por no despertarlo, soportaron todo rumor; el aumento del vendaval, una lluvia cruzada que mordía las hojas secas, los dálmatas evitaron ladrar a las ardillas. Todos se callaron a propósito para dejar dormir al señor Murakami, quien hacía semanas no se olvidaba de las letras y del insomnio.

Varias luces naranja le trazaron el rostro, luego la negrura se le recostó sobre el cuerpo. La noche.

De mañana el frío le apuró a servirse un café negro, lo bebió a medias y luego se puso unos tenis, salió a correr por el bosque. Nadie con quien hablar ni cruzar miradas, una canción, Norwegian Wood, le empezó a palpitar en el pecho mientras trotaba. Respiraba trozos de poemas, esencias de eucalipto, escarabajos enterrados odiando al universo, acordes de una guitarra vieja, las cartas del tarot (donde el ermitaño le cierra un ojo), respiró en paz por regresar entero a la tierra.

Por la tarde, el señor Murakami bebió una cerveza oscura, se recostó en el suelo e ignoró a todos sus libros que esperaban por sus ojos. Él brindó por todos los premios que no tendrá, la nueva senda por la que correrá mañana, por la música que le crece dentro y las palabras para detenerlas. Se pintó la cara de negro y cerró los ojos para regresar a una mesa donde un tazón de misoshiru humea sobre su rostro de niño. Su gato lo contempla y espera por los restos de sopa.

Un buen géminis

Pensamos en silencio que si el abuelo se convertía otra vez en gato, sería una pena para la desmejorada Trinidad, nuestra nana enmohecida, grande y de oscuras carnes. Si el abuelo; como es su costumbre de nahual, se escabulle esta noche, volverá la angustia a mi casa. Nos recostaremos con los ojos muy abiertos; sin dejar de vigilar a la luna y su espesa menta amarilla alrededor. La abuela buscará en las gavetas de la cocina un manojo de manzanilla para domar la inquietud, llenarse de mentiras que le aplaquen el corazón.

En la mañana nuestro primer impulso fue correr al patio, queríamos cerciorarnos que el sombrero del abuelo Segismundo recortara ya el horizonte, que de su camisa a cuadros saltaran chapulines o que diminutos colibríes le colorearan las mejillas; pero la fatalidad nos había alcanzado.

El abuelo, es decir, las huellas de su pequeño pie no estaban marcando el lodo ni las filas entre los tomates. La cubeta permanecía en su sitio. El viejo había desaparecido; lo confirmó una mueca de dolor que se desprendía de la boca desdentada de la abuela, "se fue de noche con todos los gatos despavoridos".

Callamos como queriendo inventar de golpe una estrategia que regresara a nuestro felino, pero su ropa en el

suelo, su pantalón raído, sus calcetines verdes y los miserables calzoncillos delataban a quien encontraba más vigor y alegría recorriendo tejados, hurgando entre la basura, investigando la madriguera de nerviosas ratas que balancearse por horas en una poltrona desvencijada.

Sabíamos que Segismundo estaba harto de simular con la abuela que los atardeceres los regresaban a un pasado venturoso. –¡Mentira! –gritaba–. ¡Me he aburrido hasta los huesos!, mis manos han llorado exasperación, los pies se fueron acalambrando cubiertos de várices como enredaderas al árbol.

El abuelo (como buen géminis que era) intuimos que hacía lo imposible por estar cambiando siempre su vida, ser otro cada vez que le diera la gana. Ahora gato, mañana cocodrilo, tal vez regresaría una mañana anaranjada como colibrí, inspeccionaría el olor del viento y su casa, luego volaría en espiral sobre la cabeza de su esposa, quizá en alguna de esas transformaciones –lo sabía– lo atraparía un animal superior en tamaño, ¡ya qué más daba!, sería que le había llegado el tiempo de encontrarse finalmente con la tierra, reposar al lado de sus sueños cumplidos.

Muchas lunas llenas después, al enterrar una caja con su ropa vieja, decidimos volar lejos como él, a lo mejor no mudando de cuerpo pero agarrando valor de donde se pudiera para nunca ser los mismos, evitar entregarle la vida a ese señor que espía tras la ventana con unos bigotes largos y bien cuidados: Don Conformismo, el mismo que atora los pasos de los vencidos, de los cortos de sueños, el abuelo sabía de eso, por eso huía…

Transparente -Transfer

A mi papá

Un último vistazo a su habitación, luego se echó al hombro la mochila desgastada. Su paso lento se elevó fuera de la memoria de quienes le habían conocido. Ya estaba liberado, nadie lo recordaría, no tendría que acomodarse en las expectativas ajenas ni acercarle el rostro a la cordura.

Interpreta el rumor de los carros a la distancia, todo alrededor le habla: la extraña luz invernal que vaticina una presencia, el reloj que parpadea insistente la misma hora, los cables que cruzan las calles y que han dejado ir al último pichón, la hoja de periódico sobre un mostrador, el índice del niño que lo señala desde un carro este mediodía. Todo dice que el recuerdo de lo que es amor se agita y permanece.

Sigue caminando a pesar de que el niño lo sigue apuntando con su dedo, siente en la espalda cómo se forma un agujero por el que se puede ver el camino que tiene frente a él, no hay necesidad de voltear la vista, él sigue adelante.

Relación de hechos extraordinarios del último día de Gabriel sobre este planeta

La noche previa al día en que Gabriel fallecería, había sido un tanto inquietante, en su sueño se había visto cuarenta años más joven, tenía en sus manos una cerveza helada y Luisa, su madre, sentada en una poltrona a su lado le contaba de los días en que el pueblo se había infestado de serpientes brillantes como de cristal, él era un niño entonces y le gustaba irse a esconder en los armarios, así que tras la inexplicable invasión de los reptiles, toda la familia alarmada se lanzó en su frenética búsqueda. Después de escudriñar por todos los rincones de la casa, el abuelo lo encontró sentado en el piso del almacén de trebejos, formando una hilera de serpientes con una tranquilidad tan contagiosa que hizo que el abuelo, se sentara a su lado a contemplar sus nuevos juguetes.

Despertó con la clara sensación de que su madre todavía andaría por la cocina, algún rastro de ella, pero nada. Sus pies desnudos lo llevaron a la puerta del jardín, serían las cinco de la mañana, lo podían engañar las sombras a su alrededor todavía. Entre el fondo entre los árboles vio la figura pequeña de ella, alzando una mano como señal de despedida o saludo, Gabriel le correspondió con infinita alegría de saber que no había sido un sueño.

Entró a casa y se sirvió los restos de café frío de la tarde anterior, dio un sorbo y se le vinieron a la mente las calles de su pueblo, la poza en la que se sumergía en competencias con los chiquillos a cualquier hora del día, luego las espaldas adoloridas por los ramalazos de sol de mediodía. Se veía a sí mismo frente a una máquina de escribir con un cigarro al lado; viendo a través del humo mujeres que le contaban sus historias, imaginaba sus pasiones y las muertes sobrenaturales que les sobrevenían. Todo era muy claro en su mente entonces.

Regresó a su cama y consiguió dormir como un tronco hasta las diez de la mañana. Pidió a su esposa un trozo de carne frita y tortillas de maíz hechas a mano para desayunar. Esa mañana el sol entraba abundante por la ventana; se dio cuenta cómo bañaba esa luz amarilla al refrigerador, las sillas de madera, se sintió tan reconfortado que comenzó a garabatear algunos dibujos en un cuadernito que Mercedes le había dejado cerca de su jugo de naranja, sin saber por qué escribió: "Aquí calmado, llenando horizontes que a nadie le importan pero que me están delatando", sonrió al leer estas líneas y se preguntó qué querría decirle ese otro Gabriel que era buenísimo para las premoniciones.

Como un ritual especial se tomó un tiempo que le pareció eterno (porque antes de meterse a la bañera tuvo la precaución de voltear boca abajo los relojes que tenía en su habitación), se hundió con leve estremecimiento en el agua, cerrando los ojos y se sintió arrancado de este mundo, flotando como dentro de su madre. Los ladridos de unos perros en el patio lo sacaron de su trance y estiró las piernas dentro del agua hasta que pudo ver los dedos de sus pies marchitos, faltos de color y supo que era una señal.

Se vistió con toda la reverencia que su cuerpo se merecía por tantos años de aguantarle el paso, de cargarle

el equipaje de corazón, huesos y dolores. Se fue a peinar frente al espejo y vio a un hombre serio que lo observaba triste, "ya estamos pasando compadre, más vale que alegres la cara que todavía no es hora". Luego ensayó una sonrisa y de tan apergaminada le provocó una carcajada que le dejaría iluminado el rostro las siguientes pocas horas.

Se vistió con guayabera, pantalón de lino y zapatos, todo en blanco. Su esposa lo vio acercarse a las rosas amarillas recién abiertas, quitó con cuidado las hojas secas a los geranios y maravillado escuchó a cientos de colibríes vibrando en sonidos que le parecieron murmullos desde el fondo de la tierra.

Regresó a la casa y decidió que era tiempo de la siesta, la cama de su habitación le pareció enorme como una gran pista de baile, quizá si le llegaba música pegajosa en el sueño, tendría la inspiración suficiente para seguir el ritmo de un vallenato. En un segundo se le fue llenando la habitación gente, era tal su algarabía que le volaron el sueño; platicaban sus hijos con sus bisabuelos, su esposa con Luisa, su madre, todos los amigos que había dejado de chiquillo entraban y salían del cuarto, unos tomaban tragos, otros tocaban la guitarra entonando canciones que ya le sonaban lejanas (pero qué bueno era descansar entre tanta gente querida de siempre), no pudo menos que decirse así mismo: ¡Carajo, esto va para largo!

Vestirse para el fin

Te escribo para contarte cómo estoy muriendo. Todos los augurios se cumplen y los seres humanos comenzamos a ver la destrucción de lo que era nuestra casa: movimientos telúricos resquebrajan países enteros, otros sucumben lentamente a incendios. Los científicos tienen en la mira día y hora de la conclusión definitiva de estos días que muchos hemos malgastado penosamente.

Qué te diré de mí, si hace tanto que la tecnología nos mantenía en contacto pero pospusimos el tiempo para encontrarnos frente a frente, nunca tuvimos el tiempo suficiente para escaparnos a descubrir quiénes somos; no pasamos de los íconos en las redes sociales alzando el virtual pulgar aprobatorio. Ahora el tiempo se ha terminado, levanto los ojos al cielo: una nube gris y roja se mantiene sobre nuestras cabezas, ahora no tenemos el control del reloj, toda conexión con los otros se tiñe de desesperación y terror.

Se nos han resbalado los años como moneda sin valor, parece mentira que estamos ante el fin, a tan sólo unos días. Me doy cuenta que no supe acercarme a todos los que amo. No me senté frente a ellos a escucharlos sin arrebatarles la palabra (porque lo que yo tengo que decir siempre es

más importante). El fin del mundo se acerca y un extraño dolor me recorre sienes, brazos, piernas. Pienso en que no pude recorrer más tierra que la que piso en este momento, los países alejados se me aparecían como una fantasía peligrosa, no fui capaz de romper esquemas ni de alzar mi voz contra las injusticias cotidianas, el temor y la desidia me han carcomido anticipadamente.

La decepción me embarga como los días pasados con toda su incoherencia, la pútrida intolerancia que tantas veces vestí y critiqué ya no tiene lugar en el fin del mundo. El morbo está aquí con toda su estupidez, veré con los pocos que me rodean, en este momento, cómo mi mundo será avasallado por un odio que viene de lo que no comprendo ¿O será realmente justicia divina, harta de ver la porquería de hogar que he construido con todos los que vivimos en esta enorme Arca de Nadie?

Escribo sin razón, a solas, para contarte lo que no podrás leer; a pesar de todo te escribo porque mis palabras caducas ya no tienen más refugio que esta hoja, ¿Cómo se te ha ido la vida? ¿En qué búsquedas? ¿Cuándo te volviste distante con todos los accesorios que atiborran esta existencia tecnológica?

Algunos de mis vecinos al enterarse del inminente fin se han encerrado en sus casas, unos preparan un suicidio colectivo, otros (muchos, incomprensiblemente, muchos) se han lanzado a correr desnudos por las calles, como si se liberaran de una buena vez de sí mismos. Los dueños de supermercados se atrancaron en sus negocios con pistola en mano mientras los policías usan –otra vez– la fuerza para robar la poca comida que queda en algunas casas, yo transcurro, he pasado horas buscando agua para refrescarme la garganta, el calor es agobiante, los perros ladran a la nada en alucinación constante.

Y sin embargo estamos más vivos que nunca, así con todo y fracturas por peleas, hematomas y rasguños que nos hemos provocado los unos a los otros, estamos muy vivos; como una prueba inútil en medio de lo imposible (salvarnos), aun latiéndonos la piel en esto que se nos volvió una trampa: el hogar.

El mundo es ahora un caldero en el que habrán de evaporarse todos nuestros odios y frustraciones, será por eso que crecieron exponencialmente los amantes a toda hora del día, a falta de alimento, el beso y su prolongado espasmo se nos vuelve necesario, otra razón para no terminar de morirnos antes de este fin que ya se anuncia en el temblor constante de la tierra.

Todo lo que veo se vuelve registro de muerte colectiva. Muero en todos porque el pánico me tritura. Los minutos se han vuelto elásticos, se nos regala en ellos la angustia, el no saber qué hacer, en qué pensar. ¿Cuándo olvidamos pensar en nuestra muerte?

Hay llantos como ecos, cables como astillas mortales que vuelan por los aires, muros despidiendo grietas, ríos de basura y ratas que aprendieron a mirar como personas, pero estamos entumecidos en esa rara inmovilidad de las víctimas. Nada tiene sentido ya porque ya agotamos todos los gritos y todas las lágrimas posibles, el lenguaje se nos secó porque ya nos cansamos de orar de todas las maneras posibles y no hubo respuesta ni signo en el cielo a nuestras (hipócritas) promesas.

El mundo se desmorona frente a nuestros ojos en este fin, el tan anunciado fin que deseábamos ignorar, ya no queda sensatez en ninguno de nosotros, el más cuerdo, busca ropa limpia bajo los escombros para que su último respiro no lo encuentre impropiamente vestido.

Trigal abatido

Fuiste cerrando los ojos con profundo dolor, entre quejidos que a nadie en el hospital afectaban, ladeando una cabeza calva de la cual nacían unos hilos chatos y desperdigados, como un trigal abatido.

Tus ojos ensoñaban morfina y un tiempo que no terminaba de atormentarte; el dolor se extiende pero es uno en origen, llega desde tus pies a los dientes, es tan punzante que estás segura se cuela hasta tus pensamientos, será por eso que tratar de recordar te duele también.

Un cuerpo laxo en la cama, accesible a la mano de las enfermeras de turno. No hay tiempo para preguntas, crees entre tus nubes que no volverás a expresar que tienes sed y el cuerpo flojo irá cesando sus funciones entre tubos y conexiones dolorosas.

Los médicos no pueden saber que ya no esperas por nada, porque cuando te toman el pulso se les entretiene la vista en la ventana de tu impersonal habitación, cualquier sonido que proviene de la calle, como un claxon, puede parecerles más animado que tus piernas descoloridas y mustias.

No tiene color de vida tu rostro, ni las venas delgadas que te circundan el cuello parecen contener líquido vital. Es el momento de la última espera.

El olor a penetrante alcohol e isodine te acompañan, como perseverantes cuentas de un rosario infinito, tal pareciera que siempre has vivido en esas cuatro paredes manchadas.

Que viniste al mundo, fuiste niña, adolescente y adulta postrada en esta misma cama, ya no tienes recuerdos de cuando podías caminar y bañarte sola, estás tan confundida que ya no sabes si alguna vez lo hiciste.

Ya no hay huella de quién te amó, esos besos se han ido resecando en tu piel, son parte de las costras que te han nacido en la espalda llagada, por este insospechado reposo de enferma, si tan sólo pudieras decir con una voz que llegara a las enfermeras, que días y noches te han olvidado en una posición que sólo carcome cada vez más tu columna, obligándote a oler tu propio desconsuelo.

Pero tu voz se ha ido, junto con tu profundo modo de mirar y la costumbre de acariciar que tenían tus manos, ya no abrazas ni llamas con tus brazos a los vientos del gozo ni a su cara amada; porque simplemente esa mancha negra que te devora la vida se ha encargado también de engullir todo lo que considerabas tuyo.

Nadie sabe que tus pies sufren por el frío, o que te vendría bien que unas manos blandas transmitieran calor a tus orejas, el lento y leve anhelo que está alojado en tu corazón es que alguien te apartara de esta historia de dolor; sólo recostándose a tu lado y leyéndote un cuento sin fin, para detener un tanto más, el inagotable, este lento fluir a la muerte.

El olor de tu sombra

Desde mi pequeña ventana observo lo que ha dejado la tarde; algunos pensamientos a medio camino, hojas dobladas de un libro soporífero. Nadie se asoma del edificio de enfrente para darme nada. No hay sonrisas si no busco el espejo para proyectarlas. Esto de vivir en los pisos más altos lo condiciona a uno a formarse espejos-gente que semejen acompañantes. No me engaño; mis vecinos dormitan de día y tarde, desfilan en caminatas a la oscuridad de sus carros. Desde esta ventana hago amistad con pichones viajeros, cuentan que en el centro de esta ciudad los más pobres comparten un pan, descansan de verdad. Yo recibo las nubes por esta ventana, tengo el estómago deshecho, la garganta seca de metáforas. Desde esta torre vigilo azules tormentas, me voy en desengaño y regreso cuando mis ojos crecen al simple olor de tu sombra.

Ataque

Con rabiosos alegatos me dijo que la literatura es una pérdida de tiempo, tiró mis cuadernos por la ventana, mis libros ardieron en el patio: todo rastro de letra le enfurecía; incluso sacó de la alacena latas, paquetes y cereales que declamaban ingredientes y vitaminas adicionadas. Con la casa muda y limpia respiró triunfante.

Tumbada en la cama dejé rodar la tristeza por mis dedos, se deslizó por los pliegues de las sábanas y las cortinas dibujando letras, párrafos que le nacieron a las paredes. Maravillada, leí toda la noche. Entendí que las palabras permanecen dentro de uno y nada puede contra eso.

Astillas

El mío es un gato de cristal, trajo con su frágil paso un silencio que todo lo apagó en mi cuerpo.

Los vecinos no se alarmaron al ver su cuerpo transparente. Ese contraluz de sus pupilas, el movimiento tenaz de sus intestinos; todo lo vi a través de ojos de cuarzo transparente, en estalactitas de agua milenaria: sus dientes.

El curso de sus venas dirigió mi paso al latido final seis veces. De cada muerte desperté en migraña aguda sabiendo que en la última, él me despediría para luego reemplazarme, así, ahora lo sabes, se revitaliza la estirpe de los gatos de cristal, los que siembran el silencio ahogado, lo que no se dice, lo que se aprieta en el pecho.

Todo su plan, acordado con los miles de gatos de cristal del universo, era empujarme suave por la pendiente de la que no me podría arrastrar de vuelta. Sus patas medían por la mañana su fuerza contra mi espalda enflaquecida, yo era presa fácil con las pocas fuerzas que me mantenían sudando en la cama.

El gato me olisqueaba la cara como tratando de asegurarse de mi respirar. Yo sonreía estúpida ante tanta belleza, la imposibilidad de su atroz cuerpo.

Era viernes cuando no lo vi acariciar con su cola mi almohada ni sentarse a contemplar la ventana como buscando pájaros cristalinos que engullir. Pasé la tarde en el delirio, jugando a soñarme en otros tiempos de la infancia.

El sábado llegó con el gato.

Su nariz pegada a la mía fue lo que vi cuando entreabrí los ojos. Era tan bello ver su lengua, los caminos de su esófago, la tráquea y sus pulmones bombeando ese aire que a mí me faltaba.

Le sonreí amándolo, cansada. De pronto la maravilla se hizo y un terremoto de felicidad me sobrepasó: podía ver en su estómago un gorrión que aleteaba agonizante. Mi gato encerraba ahora un tesoro, una vida apagándose como la mía. Sin pensarlo estiré el brazo y mi torpeza lo arrolló fuera de mi cama, quiso sujetarse de la orilla pero sus uñas volaron en minúsculas astillas por el suelo.

Me levanté y tomé entre las manos al gorrión animándolo a seguir respirando. De las plantas de mis pies surgieron largos hilillos de sangre. Tuve hambre por primera vez.

ÍNDICE

Tribulaciones del cuerpo 7

Casa quemada 9
Escuchar a la madre 11
Un niño solo 13
Dignidad atropellada 15
Suave animal 17
De ceguera y suerte 19
Escondite 21
Fascinación 23
Vesper observa 27
Hiena o el sueño que no detengo 29
La fiebre y la danza 35
La lectora de cuerpos 37
Llenarte la boca de amor 41

Tribulaciones de la conciencia 43

La cotidiana cosa 45
Balada del sordo 49
Diente de león 51
La granja del poeta 53
La ciudad es el mar 55
Dormir con la sirena 57
Sin rostro 61
Mi mala memoria 63
Desvelo de una mujer con miedo 65
Libélulas caen 69

Estoy entre la multitud 73
Tiempos líquidos 75
Migajas 77
Prototipo 79

Tribulaciones del espíritu 81

Persecución 83
A pérdida de mi padre 85
Un frasco con su nombre 87
Hermenegildo Valtierra 89
El hombre y su musa 91
Los pequeños olvidos 93
Round número ocho 97
Tres piedras blancas 101
Un buen géminis 103
Transparente-Transfer 105
Relación de hechos extraordinarios del último día de Gabriel sobre este planeta 107
Vestirse para el fin 111
Trigal abatido 115
El olor de tu sombra 117
Ataque 119
Astillas 121

LA RUMOROSA MR
AUTORES DE BAJA CALIFORNIA
COLECCIÓN LITERARIA

La muerte de Xu Lizhi y otras tribulaciones es un compendio de perversidades recurrentes en la naturaleza humana. Observo de cerca mis debilidades y las de personajes que se ahogan en impulsos reprimidos por cortesía. Xu Lizhi es el poeta que cae al suelo derrumbado por un sistema que le exige aplastarse bajo el concreto y, en su agonía, soltar lentamente la poesía. Este libro no aplaude las luminosidades ni defiende al mal, es un recorrido en barca por la belleza de nuestra fragilidad, el error y cuerpos que siempre desean más, es la constante pregunta de lo que nos hace palpitar aun con la diaria conciencia de la muerte cercana.

Iliana Hernández Partida es maestra en Lenguas Modernas. Docente de la Facultad de Idiomas de la Universidad Autónoma de Baja California. Ha sido perito traductor desde 2007. Es parte del consejo editorial del suplemento cultural *Identidad* del periódico *El Mexicano*. Antologada en *La ciudad, encuentros y desencuentros* (Nódulo Ediciones, 2016) y en el Anuario de Poesía de San Diego, edición 2019. Sus artículos y cuentos han sido publicados en las revistas *El Septentrión*, *Arquetipos*, *Hipérbole*, *La Jornada Baja California*, *Plurilinkgua* (UABC), *Sinfín* (UNAM), *Bilingual Borderless* y *Espiral*. Publicó el poemario *Casa del viento* (Pinos Alados Ediciones, 2019) en coautoría con el poeta Francisco Morales, *Amoramar y la sed* (Bitácora de vuelos ediciones, 2020), *Diarios de encierro* (Índigo Editoras, 2020) y en la *IV Antología de Escritoras Mexicanas* (2021).

BAJA CALIFORNIA — GOBIERNO DEL ESTADO —
SC SECRETARÍA DE CULTURA GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA
ICBC INSTITUTO CULTURAL DE BAJA CALIFORNIA GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA
EN CULTURA SIGUE LA TRANSFORMACIÓN Gobierno del Estado de Baja California